

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Se vende un país

La República de Santa Marta, país imaginario de Sudamérica, acepta la ayuda a la CIA para resolver un terrible conflicto: Han atentado varias veces contra la vida de su presidente y, en estos atentados, han muerto varios ministros, con lo que el pequeño país se está quedando sin políticos. Los ministros que quedan vivos y el presidente Claramunda, se refugian en Estados Unidos a instancias de la CIA, fuertemente protegidos por un equipo dirigido por la agente Baby, que, además, iniciará las conversaciones para la firma del tratado entre los dos países.



Lou Carrigan

Se vende un país

Brigitte en acción - 226

Archivo Secreto - 185

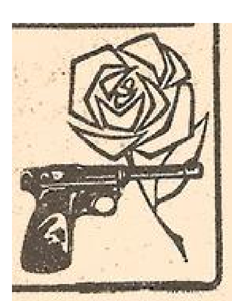
ePub r1.0

Titivillus 03.07.2017

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

La muchedumbre prorrumpió en vítores y exclamaciones de júbilo cuando apareció la comitiva motorizada.

—¡Viva el presidente Claramunda!

—¡Viva nuestro gobernante!

—¡Viva Santa Marta!

—¡Arriba Claramunda!

Los gritos eran proferidos con tal fuerza y entusiasmo que se oían perfectamente a pesar del rugir de los motores, procedente de la escolta motorizada. Entre dos filas de impecables motoristas iban los dos coches; uno de ellos, un «Rolls Royce»; el de atrás era un «Lincoln». Los dos relucientes, soberbios, reflejando la luz del sol de aquel magnífico día tropical.

Detrás de los dos coches, cerrando la marcha y la escolta, iban dos camionetas descubiertas, llenas de soldados, todos ellos con el fusil en las manos, cruzado ante el pecho. Marciales, magníficos, hermosos.

Todo era hermoso en aquel día. Santa Marta vivía una de sus mejores jornadas. Allí, en aquella parte de la periferia de la capital, cuyo nombre era el mismo que el del país, Santa Marta, habían sido construidos los modernos edificios escolares, con capacidad para mil quinientos alumnos, de momento. De momento, porque más adelante, según las disposiciones del presidente Oriol Claramunda, el complejo escolar sería debidamente ampliado, con nuevos pabellones y unas instalaciones deportivas que ocuparían doble extensión de las actuales. Todavía quedaba mucho por hacer, pero, ciertamente, teniendo en cuenta las posibilidades económicas del país, Oriol Claramunda estaba haciendo más de lo que cualquier entusiasmado patriota podría haber soñado.

Y allí estaba todo: los pabellones con aulas, los jardines, las instalaciones deportivas…

—¡Viva el presidente Claramunda!

—¡Vivaaaaaaa…!

En el aire había un flamear de pequeñas banderitas de papel con los colores nacionales, azul, verde y blanco, con una estrella en cada una de las franjas. Alegría, patriotismo, adhesión a un hombre que estaba haciendo más de lo que se le podía exigir.

Por entre aquel agitado mar de banderitas, la comitiva motorizada se iba acercando al lugar donde sería cortada la cinta, gesto que declararía inaugurado el complejo escolar. Complejo escolar que, naturalmente, sólo podía llevar el nombre del bienamado presidente. La placa que había sido colocada en el edificio principal, muy cerca de la cinta, decía así:

Cultura Estatal ORIOL CLARAMUNDA
Santa Marta
6 de mayo de 1974

Delante de la cinta, entre otras varias personalidades, esperaba el señor Cañada, secretario del Ministerio de Educación. En las manos sostenía el estuche dentro del cual esperaban las tijeras con las qué sería cortada la cinta. Un gran momento para Santa Marta. Un gran momento no sólo por la consecución en sí misma de aquel gran complejo escolar, sino por lo que significaba: el primer paso hacia un país más culto, más avanzado, más rico, mejor en todos los aspectos…

Centenares de niños aullaban con divertido entusiasmo la consigna recibida, y que habían estado ensayando durante varios días:

—¡Pre-si-den-te Claramuuuuunda! ¡Pre-si-den-te Claramuuuuuunda!

Y, finalmente, los dos coches se detuvieron, muy cerca de donde esperaba el señor Cañada y otras personalidades. Los guardias motorizados echaron pie a tierra, y quedaron junto a sus máquinas, con la mano derecha sobre la funda de la pistola, en posición de firmes… y mirando vigilantes a todos lados, sin mover la cabeza, sólo los ojos. Al final de la comitiva, los soldados saltaron de las camionetas, y formaron en pocos segundos su cerco de fusiles.

Sólo entonces se abrieron las portezuelas de los dos rutilantes y soberbios coches. El primero en apearse del «Rolls Royce» fue un hombres de unos cuarenta años, alto y delgado, de porte noble, largos cabellos negros, grandes ojos castaños, mandíbula recia, frente despejada. Un impresionante y hermoso ejemplar humano, ante cuya aparición los gritos de la multitud llegaron al máximo:

—¡Viva el presidente Claramunda!

—¡Viva Claramunda!

—¡Viva…!

—¡Pre-si-den-te Claramuuuuuuunda!…

El griterío era ensordecedor. Oriol Claramunda, alto, magnífico, alzaba los brazos y sonreía. Por detrás de él, se apeaban los representantes de los diversos ministerios nacionales, que también saludaban y sonreían. El entusiasmo de la multitud era inenarrable, su rugido, ensordecedor.

Tan ensordecedor, que nadie podía oír, de ninguna manera, el zumbido del motor de un helicóptero, que, procedente del norte, se iba acercando al complejo escolar. Y todavía era un punto tan pequeño en el azul del cielo que, en el supuesto de que alguien hubiese mirado hacia allí en lugar de mirar a Oriol Claramunda, no lo habría visto.

El señor Cañada, sonriente, había acudido a recibir al presidente, diciéndole unas palabras. Claramunda le observaba con sonriente expresión, muy atento, pero acabó por mover la cabeza con gesto negativo, y subió la mano derecha hacia su oreja, dando a entender que no podía oír al señor Cañada…

Al hacer aquel gesto el presidente, el griterío de la multitud arreció. La mano derecha de Oriol Claramunda estaba escayolada. Desde los nudillos hasta la mitad del antebrazo, la blanca escayola se mostró casi completamente, brillando al sol, y esto pareció una señal para que aumentase el fervor popular, que conocía muy bien los motivos por los que su presidente llevaba aquel artefacto.

—¡Cañada, lo siento, pero no le oigo! —gritó Claramunda.

—¡Digo que hoy es un gran día para Santa Marta y para usted, señor presidente! —vociferó Cañada.

—¡Ah, sí! ¡Gracias! ¡Vamos a cortar esa cinta de una vez!

Oriol Claramunda comenzó a caminar hacia la cinta, seguido por el señor Cañada, y flanqueado por sus ministros: Educación, Lucas

Romero; Interior, Fernando Guijarro; Exterior, Juan Ceballos; Justicia, Ricardo Rodríguez; Finanzas, Marcelo Ureta; Turismo, Evelio Morales… Faltaban ministros… pero eso, precisamente, estaba relacionado con la escayola que Oriol Claramunda llevaba en su mano derecha.

Procedentes del «Lincoln» llegaban más personalidades, de segundo orden, pidiendo silencio a la multitud con ademanes, siempre sonrientes, Poco a poco, el rumor se fue calmando y, cuando Claramunda llegó ante la cinta y se volvió, el silencio fue súbito y total.

Oriol Claramunda estuvo silencioso unos segundos… y, de pronto, volvió la cabeza. Tanto él como los allí reunidos, vieron entonces el helicóptero, cuyo rumor habían escuchado en el silencio súbito.

El presidente de Santa Marta frunció el ceño, vaciló… Se volvió de nuevo hacia la masa:

—Ciudadanos —su voz se extendió prodigiosamente fuerte y clara—: Este país es nuestro. Nosotros lo haremos grande y poderoso por el mejor de los medios: la cultura y el bienestar del pueblo. Dentro de cinco años, no quedará en pie ni una sola de esas chozas en las que ahora se aprende poco y mal y en pésimas condiciones; dentro de cinco años, habrá en el país veinte complejos escolares como éste. Dadme tiempo y luchad conmigo ¡Viva Santa Marta!

El delirio. Y mientras la multitud vociferaba de nuevo el nombre de Oriol Claramunda, éste se volvió, sonriendo, hacia el ministro de Educación, Lucas Romero.

—Corta la cinta, Lucas.

—¿Qué? —gritó Romero.

—¡Que cortes la cinta!

—¡No soy yo quien debe hacerlo, sino usted, señor presidente!

Oriol Claramunda movió la cabeza, negando, y pidió silencio al pueblo, que se lo concedió. No así el helicóptero, que estaba ya muy cerca. Pero las palabras de Claramunda pudieron oírse perfectamente, mientras señalaba a Lucas Romero:

—Él es Lucas Romero, el hombre más inteligente del país, y por lo tanto nuestro ministro de Educación. Sin sus consejos, sin su esfuerzo y su trabajo, yo no habría puesto en marcha este proyecto

Conozco su modestia, pero también sus méritos. Basado en estos méritos, voy a darle una orden que no creo sé atreva a desobedecer delante de todos vosotros: ¡Lucas Romero, héroe de la cultura de Santa Marta, yo te ordeno que inaugures tu obra!

La multitud reanudó sus gritos. Lucas Romero miraba a todos lados, como acorralado. Pero, allá donde miró, vio miradas de afecto, de aprobación. Lo justo es justo.

Así pues, Lucas Romero tomó las tijeras del estuche que colocaba ante él su secretario, el señor Cañada, y, visiblemente emocionado, se volvió hacia la cinta. Abrió las tijeras, las acercó a la cinta con los colores nacionales y de pronto saltó hacia atrás, como empujado por un huracán, casi derribando a Ureta y Morales antes de caer al suelo, girar y quedar de bruces.

Durante unos segundos, quizá tres, en el densísimo silenció sólo se escuchó el rumor, del helicóptero, que estaba ahora muy cerca, por, encima del edificio principal del grupo escolar, situado a unos ciento cincuenta metros.

El primero en reaccionar fue Oriol Claramunda, que se arrodilló junto a Romero y le dio la vuelta. Y justo entonces, cuando los más cercanos pudieron ver la sangre en el pecho de Lucas Romero, comenzó la desbandada, el caos.

Arrodillado junto a Romero, Oriol Claramunda miraba la herida. A su alrededor se oían los gritos, las órdenes militares… Unos cuantos soldados comenzaron a disparar contra el helicóptero. Marcelo Ureta se inclinó, y asió a Claramunda por un brazo.

—¡Vamos al coche. Oriol, pronto!

Oriol Claramunda le miró, se incorporó y se soltó de un tirón violento. Estaba palidísimo. Su mirada fue hacia el helicóptero, que sé elevaba ahora por encima del edificio principal del complejo; era muy fácil ver, bajo el helicóptero, la figura de un hombre, oscilando…

—Por favor, Oriol…

El presidente no le oía. Los soldados corrían, como si tuvieran alguna esperanza de acertar con sus disparos al helicóptero acercándose más a éste… lo cual era aún más imposible que acercarse, pues, tras elevarse, regresaba velozmente hacia el norte.

Claramunda se inclinó, cogió las tijeras, se acercó a la cinta y la cortó. Luego, dejó caer las tijeras y se volvió hacia la multitud, que

corría despavorida, extendiéndose por los bellos jardines… Evelio Morales acudió en ayuda de Marcelo Ureta. Asieron cada uno de un brazo a Claramunda, y casi lo arrastraron hacia el «Rolls Royce» blindado, donde entraron los que habían llegado en él, mientras los demás corrían hacia el «Lincoln».

—Soltadme… —susurró Claramunda—. No huyamos. Salgamos…

—No digas locuras —le interrumpió Ureta—. Todavía pueden pasar más cosas ahí fuera, Oriol.

—Esto ya es demasiado… —barbotó Morales—. ¡Hay que hacer algo definitivo, algo que lo solucione!

Juan Ceballos, ministro del Exterior, asintió con la cabeza.

—La CIA me ha hecho varias ofertas para intervenir en esto, para solucionarlo… Me pondré en contacto con ellos.

—No quiero saber nada con la CIA —aseguró Claramunda.

—Sólo un loco o un necio despreciaría esa ayuda, Oriol Tú no eres ni loco ni necio. Y nosotros te necesitamos al frente del país. No tenemos que dejarnos dominar por nuestros gustos personales, sino por lo conveniente para ti y para Santa Marta. A nosotros, personalmente, nos interesan los contactos con los yanquis. Y nos conviene a todos. ¿Acaso vas a negar eso?

—No —susurró Claramunda.

—Entonces, avisaré a la CIA; quizá ellos tengan, realmente, algún sistema para terminar con todo esto.

Capítulo Primero

—Y ahora, escucha este otro verso, Brigitte:

Olas del mar, que llegáis,
rodando sobre la arena,
quizá algún día me traigáis
a mi querida morena.
Morena de ojos azules,
bella como el sol, la luna,
como la mismísima espuma
de vuestras aguas azules.
¡La morena de mi alma,
la morena de mi vida,
la morena de oro y sol,
la morena de piel fina!
¡La morena que en mi mente,
en mi corazón doliente,
tendrá un sitio de honor,
Y siempre, siempre, siempre!
¡La morena que…!

¡Ding-dong!, llegó el sonido del carillón de la puerta del lujoso apartamento.

—Me parece que llaman —se puso en pie de un salto la morena señorita Montfort.

—Bueno, pues que llamen —masculló Minello—. Ya abrirá Peggy, tu pizpireta ama de llaves. Yo voy a seguir leyéndote estos versos que te he escrito.

—¡No, por Dios! —exclamó Brigitte Montfort, aterrada.

Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del Morning News,

de Nueva York, se quedó mirando hoscamente a su compañera de trabajo en dicho periódico, la señorita Brigitte Montfort, jefe de la Sección Internacional… La bellísima morena de ojos azules, piel que parecía, efectivamente, hecha de oro y de sol, de boquita sonrosada, cuerpo escultural…

—¿Es que no te gustan mis versos, Brigitte?

—¿Qué? Oh… Bueno, pues… Esto… Vaya… Sí, sí, ¡me encantan tus versos, Frankie!

—No es cierto —Minello quedó abatido, caídos los hombros—. No es cierto. Los encuentras malos.

—No, no…

—Sí, sí. Oh, válgame el cielo… —Minello alzó los brazos, como en demanda de la protección celestial—. ¡Me he pasado semanas enteras escribiéndolos, y ahora no te gustan! ¡No te gustan a ti, para quien los he escrito con todo mi amor, con todo…!

—Señorita —apareció Peggy—; el señor Pitzer.

Charles Alan Pitzer había aparecido casi al mismo tiempo que Peggy por la puerta del salón, sonriendo amablemente… Pero, al ver a Frank Minello, su gesto amable desapareció en el acto, y frunció el ceño.

—Buenas tardes, Brigitte —masculló.

—Hola, tío Charlie… —suspiró la divina morena de ojos azules —. Sea bien venido. ¿Quiere tomar algo?

Pitzer, jefe de sector de la CIA en Nueva York, miró de nuevo a Minello.

—No, gracias; no bebo cuando estoy disgustado. ¿Es que cada vez que venga voy a encontrarme aquí a este sujeto?

—¡Oiga usted, buitre de carroñas corrompidas! —vociferó Minello—. ¡Si no le gusta mi presencia, lárguese a devorar huesos podridos al desierto, pero sepa que yo visitaré a Brigitte siempre que me dé la gana! ¿Está claro?

—Haya paz —dijo Brigitte, sentándose en el sillón—. Y buenos modales, Frankie. Por favor. Siéntese, tío Charlie.

—¿Y no podría volver otro día este sujeto? —refunfuñó Minello —. Todavía no he terminado de leerte mis tersos, Brigitte.

Alan Pitzer miró a Minello como si acabase de recibir el picotazo de una víbora. Y enseguida, sonrió melosamente.

—¿He oído bien? ¿Ha escrito usted unos versos, Frankie?

—Sí, señor… ¡Dedicados a Brigitte! ¿Tiene algo que oponer?

—Por el contrario, querido amigo —la sonrisa de Pitzer era ya francamente perversa—; me gustaría mucho oír esos versos.

—¿De veras? —Minello quedó estupefacto—. Vaya… Bueno, señor Pitzer, quizá le haya estado juzgando a usted muy mal hasta ahora. Pero es evidente que su gusto por el arte le enaltece. Sí, señor, le enaltece. ¿De verdad quiere que le lea mis versos?

—Sí, sí… De verdad.

—Sí, ¿eh? —La expresión de Minello se trocó en sarcástica—. ¡Pues se va a quedar con las ganas, viejo buitre carroñero, porque estos versos son para Brigitte y solamente para Brigitte!

—Lo siento —se condolió Pitzer—; tenía ganas de reírme un buen rato.

—¡Escuche, usted no es más que un…!

—¿Verdad que Brigitte está bellísima? —cortó Pitzer.

Frank Minello se quedó con la boca abierta. Desvió su enfurecida mirada hacia Brigitte, que le sonrió y le saludó agitando los deditos. Llevaba un vestidito de punto de color azul, que se adhería a su cuerpo suavemente, y un escote profundísimo; además, era de falda corta, y sin mangas…

—Sí, señor —tartamudeó Minello—; está bellísima.

—Gracias, Frankie —rió la divina—. Y ahora que tío Charlie ha sabido tocar tu fibra sensible y te has calmado, te ruego que te sientes.

—¿No termino de leerte los versos?

—Son sólo para mí. Y como sería descortés despedir a tío Charlie, esperaremos a estar de nuevo solos tú y yo… No tenemos por qué admitir intrusos en nuestra intimidad, ¿no te parece?

—Vaya… —Tragó saliva Minello—. Vaya.

—¿Estás de acuerdo?

—Vaya.

—Pues siéntate y escuchemos a tío Charlie.

—Ah, no… ¡Zambomba, de eso ni hablar, que luego si algo sale mal diría que yo he traicionado a la CIA dándoles a los rusos el soplo de lo que vais a hacer! Haremos una cosa: mientras el buitre te dice lo que sea, yo voy a hacer unos retoques a estos versos, para que queden mejor.

—Me parece una buena idea. ¿Y bien, tío Charlie?

Pitzer miraba a Minello, que se había sentado en un sillón, y, con un bolígrafo, comenzó a hacer correcciones en la primera hoja del bloc que tenía en la otra mano. Luego, miró a Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, y movió la cabeza.

—Supongo que para usted es fácil manejar a este bruto, pero a mí me tiene ya fastidiado. En fin… ¿Cómo van las cosas por aquí?

Una expresión irónica apareció en los ojos de Brigitte.

—Bastante bien. Vamos, tío Charlie, sin rodeos: ¿de qué se trata esta vez?

—¿Conoce la República de Santa Marta?

Brigitte se quedó mirando fijamente a su jefe de sector.

—¿Han ocurrido más cosas allí? —musitó.

—Sí. Primero, ya sabe, fue el atentado contra el presidente Oriol Claramunda cuando éste viajaba en coche a ver unos nuevos regadíos en una comarca al sur de Santa Marta. Con él viajaban los ministros de Agricultura y Economía: Martín Pardo y Pedro Echarri, respectivamente. Y naturalmente, el chófer del coche presidencial, José Lomas. Éste fue el primero en morir, por su imprudencia de llevar la ventanilla abierta. Le mataron de un balazo en la sien izquierda. Naturalmente, al morir instantáneamente José Lomas, el coche quedó sin control y se precipitó fuera de la carretera. Seguramente, la cosa habría terminado muy mal para todos los ocupantes del coche si Oriol Claramunda no se hubiese precipitado hacia el volante y hubiese conseguido controlar aceptablemente el coche. Consiguió, pasar al asiento delantero, y frenó, muy cerca de un talud. Tan cerca, que podía caer de un momento a otro, así que Oriol Claramunda les gritó a sus dos ministros que tenían que salir inmediatamente, y dio el ejemplo. Tuvo mala fortuna, pues cayó rodando por el talud. Resultó con magulladuras, rasguños y una muñeca rota.

—Si no recuerdo mal, sus ministros tuvieron peor suerte.

—Mucha peor suerte. No se atrevieron a salir del coche blindado, y eso fue fatal. Mientras Claramunda rodaba talud abajo, dispararon una granada contra el coche, que lo ladeó y lo tiro talud abajo, con los dos ministros y el cadáver del chófer dentro Pardo y Echarri murieron dentro del coche incendiado. Lo cual no habría sucedido si hubiesen tenido tanto valor como Claramunda.

—¿No dispararon más contra éste?

—No podían, porque el talud le protegía. El coche —pasó muy cerca de él, rodando, y, llegó hasta el fondo. Durante unos minutos, la escolta no supo que hacer. Se dedicaron, ante todo, a ayudar a Claramunda a salir del talud Cuando quisieron buscar a los tiradores, ya era demasiado tarde. Encontraron señales de su presencia en un pequeño promontorio a la izquierda de la carretera, y eso fue todo. Luego, hubo otro extraño intento de asesinar a Claramunda. Como es natural, éste acudió a los servicios médicos de la Casa Presidencial para que atendiesen su muñeca rota. Le atendió el doctor Hipólito Ayala. Luego, asesinaron a éste.

—¡Al doctor Ayala! ¡No sabía esto!

—Ya le digo que fue un atentado extraño, esta vez. Parece bien claro que alguien sabía que, Oriol Claramunda sería atendido por el doctor Ayala, y le ordenaron que matase al presidente administrándole una inyección adecuada. Pero, evidentemente, Ayala no se atrevió, o bien no estaba de acuerdo con esa orden, y se limitó a atender la muñeca rota de Claramunda, al cual quiso atender a solas. Es claro que Ayala le comunicó a Claramunda la orden que había recibido, y le pidió protección y consejo y, sobre todo, le aseguró que él no pensaba asesinarle, que era partidario suyo, etcétera. Así lo aseguró luego Claramunda, quien, sin dar explicaciones a nadie, se limitó a poner media docena de hombres del servicio secreto protegiendo a Ayala, sin comunicar a nadie, como le digo, las amenazas que implicaban para el médico la orden que había recibido de asesinarle. Por supuesto, Claramunda quería proteger al médico, pero, puesto que él seguía con vida, sus enemigos comprendieron que el doctor Ayala no sólo había incumplido la orden de asesinarle, sino que, obviamente, había comunicado a Claramunda la orden recibida. Entonces, asesinaron a Hipólito Ayala.

—Pero… ¿no le protegían seis hombres?

—Sí. Pero no pudieron impedirlo. Está muy claro que esa gente dispone de un tirador excelente. Mató a Ayala desde más de doscientos metros, con un rifle, cuando éste se apeaba de su coche frente a su casa. Se supone que ese mismo tirador es el que ayer quiso matar de nuevo a Claramunda, durante la inauguración de un grupo escolar. Esta vez disparó desde unos ciento cincuenta metros, desde una azotea del edificio central del grupo escolar.

Inmediatamente de disparar, fue recogido por un helicóptero, que descolgó un cable hasta la azotea… Fue visto por muchas personas. Pero, desde luego, no pudieron alcanzarle.

—¿Entiendo que ésta vez ese excelente tirador falló el disparo?

—No, no… Acertó de lleno. La bala dio en pleno corazón del ministro de Educación, Lucas Romero, cuando éste se disponía a cortar la cinta.

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Dispararon contra Claramunda o contra el ministro de Educación?

—Contra Claramunda. Déjeme explicarle… El acto estaba organizado de tal modo que tenía que haber sido Claramunda quien cortase la cinta simbólica, ya sabe. Pero Claramunda cedió el honor a Romero, diciendo que era él quien lo merecía. Y es verdad: Lucas Romero fue el… motor de toda la idea para construir complejos escolares adecuadamente repartidos en todo el país. Está bien claro que Oriol Claramunda quiso premiarle reconociéndolo delante de todos los demás ministros y de miles de personas que asistían al acto. Lucas Romero se negaba, pero estaba patente su emoción, y acabó aceptando. Cuando iba a cortar la cinta, recibió el balazo en el corazón.

—¿Se da usted cuenta de lo que esto significa, tío Charlie?

—Claro. Es evidente que el tirador profesional no conocía ni al presidente Claramunda ni al ministro de Educación. Le habían dicho que tenía que matar al hombre que cortase la cinta… Y lo hizo.

Brigitte estuvo reflexionando unos segundos, antes de preguntar:

—¿Le parece factible que el tirador haya sido el mismo en las tres ocasiones? Quiero decir, que sea el mismo hombre el que disparó contra el chófer y José Lomas, luego contra el doctor Ayala y finalmente contra Lucas Romero.

—Podría ser el mismo —encogió los hombros Pitzer—, pero eso no tiene la menor importancia; hay muchos hombres que disparan prodigiosamente… Y unas pocas mujeres.

—Gracias… —rió Brigitte—. Porque supongo que eso lo dice por mí, tío Charlie.

—Desde luego. Por cierto, hace tiempo que no asiste usted a los cursillos de entrenamiento periódicos en la CIA.

Brigitte Montfort se estremeció.

—Decidí no hacerlo más… —susurró—. No me gustan esos cursillos. Y de todos modos, usted sabe que, no los necesito. Por muy entrenada que estuviese, me habrían matado mil veces si no fuese casi exclusivamente por mi buena suerte.

—Debo admitir que es cierto… —asintió Pitzer, inquieto—. ¿Qué le parece a usted que se podría hacer con ese asunto de Santa Marta?

—Le voy a decir dos cosas. Una, que admiro mucho a Oriol Claramunda. Dos, que sigo pensando que no debemos intervenir en asuntos ajenos.

—El caso es —murmuró Pitzer— que Oriol Claramunda ha pedido nuestra ayuda.

—Ah… ¿De veras? —Brigitte le miró vivamente—. Bueno, eso cambia el aspecto de la cuestión, desde luego. Pero me sorprende que un hombre como Claramunda haya pedido ayuda.

—Mmmm… Bien, es que… de todos modos, la CIA llevaba algún tiempo presionando a ciertos personajes de Santa Marta en este sentido.

—Oh. ¿Con qué objeto?

—Nos interesa ese país.

—Ya. ¿Y qué dice Oriol Claramunda al respecto?

—Hasta el momento, no ha querido saber nada con nosotros… Es un hombre terco, quizá demasiado orgulloso…

—Yo no lo creo así, tío Charlie. Simplemente, no quiere caer en las grandes zarpas de Estados Unidos.

—No voy a discutir con usted… —refunfuñó Pitzer—. Como le decía, hemos estado presionando a ciertos personajes importantes de Santa Marta para que consigan un acercamiento entre este país y Estados Unidos, pero hasta ahora ha sido en vano. Sin embargo, después del último atentado contra Claramunda, pues es evidente que querían matarle a él y no a un simple ministro, la cosa se ha puesto en marcha; esos personajes han persuadido a Claramunda para que acepte nuestro apoyo, nuestros… consejos.

—Tío Charlie —Brigitte le miraba fijamente—; estoy teniendo una sospecha horrible.

—Suponía que así sería, pero —Pitzer negó con la cabeza— le aseguro que no es la CIA la que ha organizado esos atentados con el fin de convencer a Claramunda de que debía pedirnos ayuda.

—¿Está seguro?

Pitzer bajó la mirada.

—Le aseguro que esta vez no estamos interviniendo, Brigitte. Y la prueba está en que recurrimos a usted… Si fuese una de las sucias jugadas de la CIA, no solicitaríamos la intervención de Baby, compréndalo.

—Me parece lógico. Así que, en principio, le voy a creer. Muy bien, ¿qué se espera que yo haga?

—Pues lo que hace siempre, hijita; poner las cosas en su debido lugar.

—¿Carta blanca?

—En todo, como siempre. Pero sin que olvide ni, un momento que a Estados Unidos le interesa Santa Marta. Arregle las cosas allá, y convenza a Oriol Claramunda de que le será ventajoso aceptar nuestra amistad… y nuestros consejos.

—Y si se niega, ¿debo matarle? —sonrió fríamente Baby.

—No, por Dios. Claramunda vale demasiado. Ese hombre no debe morir.

—Magnífico. Y ahora, dígame: ¿qué haría usted para evitar con toda seguridad que un niño se quemase con una estufa?

Pitzer, reflexionó brevemente, y acabó sonriendo.

—Supongo que apagaría la estufa o alejaría al niño de ella. Sólo que, en este caso, no sabemos dónde está la estufa.

—Pero —Brigitte sonrió divertida— conocemos al niño.

Capítulo II

El pequeño submarino emergió silenciosamente. Si acaso, un leve rumor de agua, unas pequeñas formaciones de espuma que lo rodearon brevemente. Luego, quedó inmóvil sobre las aguas, confundido con éstas en la oscuridad de la noche. Oscuridad relativa, pues el cielo estaba lleno de estrellas. Una noche clara, despejada.

La escotilla de cubierta se abrió, y un hombre salió por ella. Se volvió hacia la costa, que se hallaba a menos de cien metros, y envió hacia allá las señales de su linterna. Inmediatamente, desde la costa, recibió la respuesta adecuada.

Entonces se inclinó hacia la escotilla abierta, y dijo:

—Todo bien; están esperando.

Apareció otro hombre. Y entre los dos, sacaron un paquete que empujaban desde abajo. Detrás del paquete salió una mujer, vestida simplemente con una malla negra desde los pies a la garganta. Solamente destacaban sus manos y el rostro. Y la cabellera, que debía ser rubia.

—Preparen el bote, por favor —pidió.

Uno de los hombres tiró de la anilla, y lanzó el paquete al agua. Se oyó el siseo del aire comprimido, y el paquete se convirtió en pocos segundos en un espacioso bote de goma cauchutada, capaz para una docena de personas, si fuese necesario. El otro hombre tendió un par de canaletes a la mujer, que los tiró dentro del bote.

—Me llevaré la linterna —murmuró—; si ven su luz, aunque sea una sola vez, sumérjanse y escapen de aquí.

—Pero…

—No hay peros.

La mujer no quiso oír más. Saltó ágilmente al bote, empuño los canaletes y comenzó a remar hacia la costa. Tardó poco más de un minuto en llegar a ella. Y para entonces, se distinguían

perfectamente a dos hombres en la pequeña caleta. Ambos entraron en el agua, y mientras uno de ellos asía el bote por una de las anillas, el otro tendió los brazos hacia la mujer.

—A mis brazos, amor mío —sonrió.

También en la oscuridad destacaron los blancos dientes de la mujer, que aceptó la solícita ayuda. Se dejó tomar en brazos, y así fue llevada a la playa, sin que ni una sola gota de agua la hubiese tocado. El otro hombre llegaba arrastrando el bote cuando la mujer besaba al primero en ambas mejillas, diciendo:

—Gracias, Simón.

—Y yo, ¿qué? —refunfuñó el del bote—. También he intervenido en el desembarco, ¿no es así?

—Desde luego —rió ella, alegre—. Y muy eficazmente, Simón.

Le besó también en ambas mejillas, y luego se quedó mirando sorprendida «aquella cosa» que Simón había sacado de un bolsillo, y que le tendía.

—Por aquí no hay rosas rojas —masculló el agente de la CIA—. Esta flor la he encontrado por el camino; ni siquiera sé cómo la llaman.

La rubia tomó la flor, la olió y de nuevo brillaron sus dientes en la oscuridad aclarada por las estrellas.

—Podríamos llamarla «Baby Flower»… —sugirió—. ¿Qué les parece?

—¡Estupendo! ¡Es una idea genial, Baby!

—Ningún nombre mejor que ése para cualquier flor —dijo el otro—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Fatal. Nunca me han gustado los submarinos. Al menos, viajando en avión, puedo ver el sol, el cielo, el mar. ¿Todo va bien por aquí?

—Por lo menos, tenemos el asunto en marcha; hemos saturado Santa Marta de Simones, que están ya trabajando activamente.

—Y discretamente, supongo —volvió a oler Baby la flor.

—Sí, por supuesto.

—De acuerdo. Dentro de dos o tres días, espero volver a este país, para tomar la dirección del grupo. Mientras tanto, queda al cargo de ustedes. Y no lo olviden: no hagan nada definitivo sin esperarme, a menos que sea para conservar la vida. Limítense a vigilar, tomar nota de todo… y esperarme. ¿Okay?

—Okay.

—Bien. Vamos a ver ahora a esos caballeros.

Simón se volvió hacia la vegetación cercana a la playa, y emitió un ligero silbidito, que fue contestado en el acto por otro idéntico. Luego, se oyó el rumor de la vegetación al ser movida, y a los pocos segundos apareció el grupo de hombres, que se acercaron a Baby y a los dos agentes de la CIA. De entre el grupo de hombres, dos destacaron inmediatamente, acercándose a la rubia.

—¡Hola! —saludó uno.

—Aquí estamos —dijo el otro.

Riendo, Brigitte los besó a los dos, y luego miró al grupo de silenciosos personajes. Seis en total. Sombras oscuras, con las manchas claras de sus rostros, y la blancura de las córneas de sus ojos en la oscuridad.

—Caballeros, muy buenas noches. Gracias por su cooperación.

Una de las sombras se adelantó.

—Debo decirle a usted que no me gusta el modo de…

—¿Señor Claramunda? —interrumpió ella.

—Sí… Sí, claro.

—¿Me concede el honor de estrechar su mano? Quiero dejar bien patente desde ahora mismo mi admiración personal hacia usted y toda su labor.

—Pues… Bien, muy amable —las manos se encontraron en la oscuridad—. Pero debo advertirle que no estoy solo, y que todo lo que se ha conseguido o se consiga en el futuro en mi país se deberá tanto a mí como a los hombres que me respaldan… Los que quedan, señorita…

—Connors. Lili Connors. Naturalmente, de la CIA. Vamos a hacer todo lo posible por solucionar el problema, señor Claramunda. Y lo primero, es que ustedes salgan del país…

—¡Eso es lo que no me gusta! —Gruñó Oriol Claramunda.

—Lo lamento. Pero el caso ha sido estudiado por nuestro mejor estratega desde todos los puntos de vista, y se ha considerado que la evacuación de ustedes era imprescindible. Si les parece, vamos al submarino y allá tendré el placer de conocerles a todos ustedes. ¿Por favor?

Durante unos segundos, nadie se movió, nadie dijo nada. Ni siquiera se oían las respiraciones. Por fin, Claramunda se dirigió

hacia el bote y lo empujó hacia el mar. Detrás de él, fueron los otros cinco hombres. La última en abordar el bote fue Baby, que saludó con la flor a los hombres que lo empujaban.

—Besos para todos. —Dijo—. Y no hagan tonterías.

Se oyeron unas risitas. Baby saludó por última vez, y preguntó:

—¿Alguno de estos caballeros será tan amable de remar?

—Yo mismo… —Se oyó una risa—. Hace tiempo que no realizo ningún ejercicio.

—En ese caso, debe estarme agradecido.

El hombre volvió a reír, empuñando los canaletes. La vuelta fue más lenta, pues el bote iba mucho más cargado. Tardaron un par de minutos en llegar junto al submarino. Los seis invitados fueron conducidos abajo por uno de los dos hombres que habían esperado en cubierta, y el otro y la rubia se hicieron cargo del bote, deshinchándolo y dejándolo caer luego por la escotilla. La rubia bajó, luego lo hizo el hombre, la escotilla fue cerrada desde dentro y segundos después el submarino desaparecía de la superficie.

En su interior, los seis hombres habían sido conducidos a una pequeña sala con una mesa en el centro, rodeada de sillas. Todavía no sabían qué hacer cuando la rubia apareció, sonriendo amablemente. Y un silencio profundo, un gesto de asombro primero y de incredulidad enseguida, fue la masiva actitud de los seis personajes. Quizá se estaban preguntando si soñaban, mientras miraban aquel cuerpo elástico y bellísimo, los grandes ojos verdes, los rubios cabellos, la dulce boquita sonrosada…

—Por favor, caballeros —señaló ella las sillas—, siéntense.

Oriol Claramunda se acercó a ella, mostrando la escayola de su mano derecha.

—Ante todo —musitó—, pedirle perdón por haberle tendido mi mano izquierda en la playa. Como ve, la derecha…

—Estoy enterada de todo, señor Claramunda. Y para mí, la mano derecha y la mano izquierda son igualmente buenas si el hombre es bueno.

—Ah… Bien, muchas gracias —Oriol Claramunda acabó por sonreír—. Me temo que he sido un poco brusco antes.

—Prefiero una brusquedad sincera que una amabilidad falsa.

Claramunda parpadeó.

—Le presentaré a mis amigos… —susurró—. Fernando Guijarro,

ministro del Interior de Santa Marta; Juan Ceballos, ministro del Exterior; Ricardo Rodríguez, ministro de Justicia; Marcelo Ureta, ministro de Finanzas; Evelio Morales, ministro de Turismo.

Lili Connors iba mirando uno a uno aquellos rostros mientras iba estrechando manos. Rostros agradables, cordiales, aunque con cierta expresión un tanto preocupada, lógicamente. Ninguno de aquellos hombres tenía más de cuarenta y cinco años…

—Faltan tres —dijo con voz ahogada Claramunda—, pero temo que jamás se los podré presentar.

—Lamento lo ocurrido. Y vamos a buscarle a todo esto un rápido remedio…

—¿Qué remedio? —saltó inmediatamente Fernando Guijarro.

—Hablaremos más cómodamente si nos sentamos… —Lo hizo Lili; esperó a que lo hiciesen todos—. ¿Qué remedio, señor Guijarro? Pues no lo sé aún, pero tenga por seguro que lo encontraremos.

Guijarro alzó las manos, con las palmas vueltas hacia Lili.

—La verdad, esperaba una respuesta más concreta, después de haberla ayudado a remar. —Lili sonrió, y por un instante entornó los ojos. Guijarro era, sin duda, el «hombre guapo» del grupo. Resultaba muy atractivo, incluso más que Oriol Claramunda, quizá porque éste tenía una expresión más recia, más dura. Y desde luego, Guijarro no había pasado de los cuarenta. Atlético, sano, fuerte, inteligente, simpático…

—Le agradezco mucho su colaboración, señor Guijarro. Quizá algún día yo pueda hacer algo por usted.

—Se lo recordaré —rió Guijarro.

—Es evidente —dijo un tanto fastidiado Claramunda— que tanto usted en particular, como la CIA en general están dispuestos a hacer mucho. Admito eso, y lo agradezco… en nombre de todos. Pero debo insistir en que no me gusta huir.

—¿Huir? —Alzó las cejas Lili.

—¿Acaso puede definirse de otro modo lo que estamos haciendo? Hemos abandonado clandestinamente nuestras residencias, y unos hombres nos han llevado a, una playa, desde la cual abandonamos nuestro país… ¿Esto no es una huida, señorita Connors?

—Quizá —admitió la bella rubia—. De todos modos, es una

huida que sólo beneficia a su país, señor Claramunda. Ya han querido matarle tres veces, lo cual demuestra una peligrosa persistencia. No sé qué pensará el resto del mundo, pero yo opino que es mejor que usted huya ahora y vuelva en el momento oportuno, a que, por fin, una de esas balas le acierte en la cabeza. Entonces, su pueblo le perdería definitivamente.

—Yo estoy de acuerdo con usted —apoyó Guijarro.

—Y yo.

—Y yo.

En realidad, todos estaban de acuerdo con Lili Connors… excepto Oriol Claramunda, que tras mirar hoscamente a sus ministros, refunfuñó:

—Comprendo perfectamente que todos tenéis razón, pero no me gusta huir.

—Tampoco nos gusta a nosotros —masculló Guijarro—, pero lo hacemos porque es lo más conveniente. Vamos, Oriol, piénsalo bien… Ya han matado a Lucas, a Pedro, a Martín… Iban a por ti, pero han muerto ellos.

Y de todos modos, cuando te hubiesen matado a ti, quizá habrían seguido con nosotros: Y ahora, pregúntate esto: ¿qué sería en lo sucesivo de Santa Marta sin nosotros?

Oriol Claramunda miraba fijamente a Guijarro. Luego, fue mirando a los demás, que a su vez le contemplaban fijamente. Por fin, se pasó las manos por el rostro, con gesto fatigado, y suspiró.

—Está bien; iremos a Estados Unidos. De todos modos, ya estamos en camino…

—Y en buenas manos —sonrió Guijarro, mirando a Lili—. O por lo menos, en bonitas manos. Pero, señorita Connors, dígame: ¿dónde está el comité de recepción de este submarino?

—Servidora de usted, señor Guijarro —sonrió también Lili—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Quiere decir que los señores de Washington la han enviado a usted sola?

—Sí. Y la tripulación del submarino, se entiende.

—Pero para atendernos en el aspecto… personal y político está usted sola, ¿no?

—Así es.

—No es mucha atención por parte de Washington… Y no lo digo

por despreciarla a usted, que me parece encantadora y muy competente, pero… quizá nosotros nos encontraríamos menos cohibidos si estuviésemos con unos cuantos señores con barba.

—Tendrán tiempo de ver señores con barba —rió Lili—. Mientras tanto, si tienen alguna sugerencia política o de cualquier otra clase que hacerme, tomaré nota de ella con mucho gusto.

—Lo cual significa —deslizó Juan Ceballos— que se considera que el nivel de usted es lo bastante alto para… dirigir esta reunión.

—En efecto. Aunque personalmente opino que ustedes pueden esperar perfectamente a encontrarse en Estados Unidos para iniciar las negociaciones de la alianza Estados Unidos-Santa Marta.

—Es de suponer que allí debe haber personal que será más adecuado para resolver directamente todas las cuestiones.

—Entonces, esperaremos. —Dijo Claramunda—. Así dispondremos de más tiempo mis amigos y yo para seguir cambiando impresiones sobre las posibilidades y conveniencias de esa alianza.

—Me parece muy bien. Y puesto que la conversación ha terminado, pueden retirarse a sus camarotes, si lo desean. Sus maletas han sido distribuidas en ellos, así que sabrán cuál corresponde a cada uno. Si necesitan algo, sólo tienen qué pedirlo.

Evelio Morales alzo una mano.

—Yo tengo una pregunta, que hacer, señorita Connors: ¿cuándo?

Algo extraño ocurrió.

Por un instante, todos vieron a los demás muy borrosos, como si se desdibujasen; todo vibró, pareció que los contornos de las personas y las cosas estuviesen definidos por muchas líneas Fue una sacudida, una trepidación, seguida de un sordo estampido. Ni siquiera medio segundo más tarde, otro estampido, y de nuevo todo se estremeció ligeramente, las cosas aparecieron borrosas.

—¿Qué pasa? —Alzó la mirada Marcelo Ureta, alarmado.

Hubo otro estampido, y de nuevo aquel temblor que pareció recorrer todo el submarino y los cuerpos de las personas Lili Connors se puso en pie, y salió a toda prisa al pasillo. Por el otro extremo aparecía en aquel momento el comandante del pequeño sumergible.

—¡Cargas de profundidad! —gritó—. ¡Nos están atacando desde la superficie, y desde el aire!

Un nuevo estampido, otra explosión de vibraciones Era como si el submarino estuviese sometido a una descarga eléctrica. Lili se acercó al comandante, apoyándose con ambas manos en las paredes del estrecho pasillo.

—¿No podemos hundirnos más? —preguntó.

—Venía a decírselo: lo mejor es que nos sumerjamos al máximo y paremos los motores…

—Pues hágalo.

El comandante se alejó, y ella regresó a la sala, en cuya puerta estaba Guijarro, apoyado en el quicio, mirándola atentamente.

—¿Qué pasa? —se interesó.

—Cargas de profundidad, señor Guijarro.

—¿Qué dice? —Palideció éste—. ¡Pero yo creía que…!

—No —negó ella—; no es una avería del submarino. Simplemente, nos están atacando; quieren enviarnos al fondo.

El submarino volvió a vibrar, y de nuevo llegó el sordo estampido. Y otra vez, y otra… Guijarro se agarraba al quicio de la puerta, hasta que Lili le miró con tal expresión que tuvo que comprender, y se apartó. Ella entró, mirando a los demás componentes del Gobierno de Santa Marta, que permanecían en sus asientos, rígidos, inmóviles, pálidos.

—Celebro mucho que no pierdan la serenidad —murmuró—. Esperemos que todo termine bien… para nosotros.

Bcooooommmm, llegó ahogadamente otro estampido. Y de nuevo vibró el submarino, pero menos que las veces anteriores. Cuando se extinguió el estampido, el silencio fue total. La luz se apagó.

Lili quedó inmóvil, de pie junto a la mesa. Sabía que el submarino se estaba hundiendo lentamente, que los motores habían sido parados, las baterías desconectadas… En aquella oscuridad total, bajo toneladas de agua, el submarino volvió a estremecerse, pero con menos fuerza incluso que la última vez. Llegó el apagado boooommm, y de nuevo el silencio.

Hasta que, de pronto, un choque, un nuevo estremecimiento, un crujir de algo. Luego, silencio e inmovilidad absoluta. A los pocos segundos, volvieron a oír el boooommm, pero más lejos. Y esta vez, el submarino ni siquiera vibró. Todavía oyeron otro boooommm, pero tan tenuemente que quizá era una alucinación acústica, más

bien una impresión, un recuerdo de las anteriores explosiones.

Y por fin, el silencio total, absoluto.

Un silencio tal, que Lili Connors comenzó a oír las respiraciones de aquellos hombres. Incluso, por el lugar de procedencia, las iba identificando. Su finísimo oído no sólo las captaba, sino que sabía a quién pertenecía cada una. Por detrás de ella, todavía en la puerta, estaba Fernando Guijarro, lo oía perfectamente. Los demás seguían sentados.

La luz se encendió, unos tres minutos más tarde, durante los cuales nadie se había movido. Hubo suspiros, parpadeos… Lili Connors fue a sentarse a su sitio, y miró amablemente a Evelio Morales.

—¿Cuál era su pregunta, señor Morales? —se interesó.

El ministro de Turismo ele Santa Marta tragó saliva, y casi tartamudeó:

—¿Cuándo llegaremos a Estados Unidos?

—Muy pronto. No vamos a hacer todo el viaje en submarino. Desembarcaremos en cierto lugar, nos llevarán a un pequeño aeródromo, seguiremos en avión hasta otro. De allí, nos llevarán en coche a nuestro destino, un lugar muy tranquilo cerca de Washington.

—¿Tan tranquilo como este submarino? —preguntó Guijarro, aún en la puerta.

—No creo que sea momento para dramatizar, señor Guijarro. Al fin y al cabo, no ha ocurrido nada.

—Eso es muy discutible —refunfuñó Juan Ceballos—; cuando menos, han estropeado la digestión de mi parca cena, señorita Connors. ¿Pueden proporcionarme un poco de agua?

Mientras hablaba Ceballos sacó un tubo de cristal, que dejó en la mesa ante él. Ricardo Rodríguez le dirigió una mirada de censura.

—¿Todavía andas con esas porquerías, Juan?

—Déjame en paz.

—Tiene una pequeña úlcera —explicó Guijarro, con cierto tono humorístico—. Y eso le pasa por relacionarse con gente de fuera del país; sólo proporcionan disgustos. Es mejor ser ministro del Interior.

—No es momento para bromas, Fernando —reconvino Claramunda.

—¿No? Bueno, no, es momento de dramatizar, ni es momento

para bromas: ¿Qué es lo adecuado en este momento? Porque yo no sé si vosotros lo habéis pensado ya, como yo, pero este ataque es muy significativo.

—¿Qué quieres decir? —saltó Ureta.

—El señor Guijarro —intervino suavemente Lili Connors— está sugiriendo que alguien sabía que ustedes iban a abandonar el país en un submarino, y que, evidentemente, lo preparó todo para enviarles al fondo del mar… para siempre. ¿O me equivoco, señor Guijarro?

—No. No se equivoca, señorita Connors.

—Bien… Quizá esto simplifique las cosas. Puede ser una pista importantísima para llegar a la persona o personas que dirigen esto. Veamos, ¿quién de ustedes comunicó a alguna persona ajena a este grupo lo referente a este viaje?

Incluso Guijarro miraba estupefacto a Lili Connors. Todos estaban petrificados por el asombro. Por fin, Claramunda masculló, con tono seco:

—¿Quiere decir que uno de nosotros dijo a alguien lo que íbamos a hacer?

—Eso lo sabrán ustedes, señor Claramunda, no yo.

—¡Qué demonios…! —estalló Ricardo Rodríguez—. ¡Claro que no se lo dijimos a nadie! Por lo menos, yo no lo hice.

—Ni yo —aseguró Guijarro.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues sólo quedo yo… —dijo Claramunda, mirando fijamente a Lili—, y la CIA, claro.

—Buen disparo, señor Claramunda —sonrió Baby—. En efecto, podría haber sido alguien de la CIA. ¿Por qué no? Las bananas sólo se producen en climas cálidos, pero los traidores pueden ser producto de cualquier país u organización. ¿Están seguros de que ninguno de ustedes hizo comentarios con nadie, absolutamente con nadie, sobre este viaje?

—Si usted me lo permite, yo puedo plantear la cuestión de otro modo —deslizó Ceballos.

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. Como es lógico, ninguno de nosotros seis quiere

morir, así que, evidentemente, estamos descartados. Hablemos, pues, de la CIA. Esto admite dos puntos de vista… El primero podría ser que hubiese un traidor en la CIA, lo cual no es descabellado, ¿verdad, señorita Connors?

—Claro que no, por desgracia. ¿Y el segundo punto de vista?

—Pues que no haya ningún traidor en la CIA, sino que sea la CIA misma quien haya estado tramando todo esto, nos haya reunido en este submarino, y así todo es más fácil para matarnos a todos. Incluida a usted, y a los hombres del submarino. La CIA puede permitirse el lujo de perder personal y material para conseguir su objetivo.

—Iré a pedirle un vaso de agua, señor Ceballos.

—¿No le gustan mis puntos de vista?

—Son absurdos. Lo de un traidor, puedo admitirlo. Pero si la CIA hubiese querido matarlos a todos, podría haberlo hecho en la playa, sin sacrificar a nadie.

—La señorita Connors tiene razón… —intervino Claramunda—. Y vamos a dejar ya esta discusión. En cuanto a ti, Juan, deberías aprovechar este viaje a Estados Unidos para operarte ese estómago y dejar de una vez esas porquerías, como dice Ricardo.

—Es una buena idea… —admitió malhumorado Ceballos, sacando una pastilla del tubo—. Pero eso será si llegamos a Estados Unidos.

—Llegaremos… —sonrió Lili Connors—. Puede estar seguro de qué llegaremos, señor Ceballos.

Capítulo III

Efectivamente, llegaron a su destino.

Sin más novedades dignas de mención, la expedición llegó en la madrugada del día 10 al lugar que la CIA había seleccionado para la estancia en Estados Unidos del Gobierno en pleno de Santa Marta.

Y el lugar elegido era una zona residencial en Rosslyn, cerca de Washington, separada de la capital por el Potomac River, al norte de Arlington y al sur de Little Falls. Una zona boscosa, tranquila, silenciosa. Allí, en una hermosa quinta rodeada de bosque y de silencio, esperaban dos agentes de la CIA, un hombre y una mujer, a los que Lili Connors presentó simplemente como Susan y Bob.

—¿Nadie más? —Frunció el ceño Oriol Claramunda.

—Le aseguro, señor Claramunda, que Susan y Bob están perfectamente capacitados para atenderles a todos ustedes. No obstante, si consideran necesario más servicio para sus necesidades personales:…

—No, no. No me refería a esto, señorita Connors. Estoy convencido de que en ese aspecto estaremos bien atendidos —miró a los dos «criados» con gesto de disculpa—. Perdonen ustedes, no he pretendido ser descortés…

—Susan y Bob han sido puestos al corriente de que van a estar al servicio de personas amables —sonrió Lili—. No se preocupe por eso. Estoy segura de que no se han ofendido.

—Claro que no, señor presidente —sonrió Susan.

—De ninguna manera —apoyó Bob.

Los dos eran, jóvenes, de aspecto simpático, deportivos. Y en sus ojos estaba bien expresada una inteligencia clara y viva.

—Gracias… —Movió la cabeza Claramunda—. Lo que yo quería decir es que… Bien, esperaba quizá una cierta protección que…

—Oh, entiendo, entiendo… —cortó Lili—. Pero tampoco por eso debe preocuparse. En primer lugar, esta casa no está tan indefensa

como parece, y además, dudo mucho que alguien pueda saber que están ustedes aquí. En segundo lugar, Susan, Bob y yo estaremos siempre cerca de ustedes.

—¿Consideran que esta protección es suficiente? —se asombró Evelio Morales.

—¿Usted cree que no, señor Morales? —Le miró Lili.

—La verdad es que no lo sé. Pero, después de lo del submarino, creo que no debemos descuidarnos.

—En cierto modo, tiene usted razón —admitió Baby—. Sin embargo, he estado reflexionando sobre lo del submarino, y creo que muy bien pudo ser debido a alguna torpeza por parte de mis compañeros que fueron enviados a recogerlos a ustedes. En cambio, ahora no se han cometido torpezas, y es imposible que sus enemigos los localicen aquí. Sería… increíble, por no decir milagroso.

—Está bien… —dijo Claramunda—. No todo ha de salir mal.

—Esperemos que no. —Sonrió Lili—. Por favor, Susan, Bob, ¿quieren hacerse cargo del equipaje de nuestros invitados? Nuestros compañeros choferes les ayudarán.

Susan y Bob, ayudados por los dos agentes de la CIA que habían conducido hasta allí los dos coches que en el cercano aeródromo habían recogido a Claramunda y su Gobierno, procedieron a entrar el equipaje en la casa, mientras Guijarro comentaba:

—Naturalmente, son de la CIA.

—Naturalmente, señor Guijarro.

—No me refiero a los choferes, sino a Bob y Susan.

—Oh, también, claro está. Y no sólo son de la CIA, sino de los mejores de la CIA, señor Guijarro. Comprenderá usted que estamos seleccionando nuestro mejor personal para este asunto.

—¿Y qué me dice de usted? —sonrió Guijarro.

—Será mejor que entremos en la casa —dijo Lili—; hace fresco aquí fuera…

—¿No piensa contestarme?

—Señor Guijarro, son casi las cuatro de la madrugada…

—Me gustaría saber quién es usted exactamente. Da órdenes a todo el mundo, y en ningún momento parece recibir instrucciones. Tanto en el submarino, como en los dos aeródromos, y en el avión, y aquí, parece que cuando llega usted, algo viejo deja de funcionar, para funcionar en cambio algo nuevo… Y además, señorita

Connors, usted parece aceptar con toda naturalidad el hacerse cargo de un presidente y cinco ministros. Repetiré mi pregunta: ¿quién es exactamente usted?

—Se lo voy a decir —sonrió Lili—; soy una pobre muchacha muy cansada que está deseando acostarse y dormir unas cuantas horas seguidas. Admitirá usted que el viaje no ha sido precisamente cómodo.

—Sí, pero…

—Ya está bien, Fernando —refunfuñó Claramunda—. La señorita Connors tiene razón. Mañana podrás hablar con ella sobre eso. Es decir, hoy mismo, después que todos hayamos descansado unas horas.

—De acuerdo —se resignó Guijarro.

Entraron en la casa, y Lili Connors los llevó, en primer lugar, a la sala-despacho donde los políticos podrían reunirse para cambiar impresiones y tomar las notas que considerasen oportunas…

—Pero ¿no vendrá nadie de Washington a hablar con nosotros? —se interesó Juan Ceballos.

—Por el momento no, señor Ceballos.

—Esto es absurdo. Según entendemos, este viaje no es sólo de seguridad para todos nosotros, sino que se tenía que aprovechar nuestra estancia en bloque aquí para iniciar las negociaciones de la alianza entre Estados Unidos y Santa Marta. Y esto no será posible si algunos señores de Washington no vienen a hacernos sus ofertas concretas. Nuestra disposición es buena en general hacia esa alianza, pero su actitud nos parece… casi despectiva.

—¡Qué barbaridad! —Lili abrió mucho los ojos—. ¡Claro que nadie les está despreciando, señor Ceballos! Solamente estamos haciendo las cosas de modo que resultarán lo mejor posible para todos.

—¿Y qué me dice del señor Nixon? —murmuró Claramunda—. ¿Vendrá o no vendrá él a hablar conmigo?

—En el momento oportuno, sí, señor, vendrá.

—¿Y quién decidirá cuando es el momento oportuno? —sonrió irónicamente Guijarro.

Lili Connors le miró sonriendo divertida.

—Me parece que usted ya lo ha adivinado, señor Guijarro.

—¿Usted será quien lo decida?

—En efecto. Mientras tanto, estoy a su disposición para escuchar cualquier oferta o sugerencia por parte de ustedes, tanto en el terreno político, como en el militar, económico, social, o cualquiera que se le pueda ocurrir a ustedes.

—Caramba… —Amplió su sonrisa Guijarro—. Si no fuese usted una mujer, pensaría que era el señor Kissinger.

Lili Connors se echó a reír. Luego, señaló un punto de la pared.

—Vean aquel interruptor: es diferente a los demás, de color rojo, como pueden observar. En todas las dependencias de la casa verán un interruptor como ese. Es el timbre de alarma. Cualquier cosa que ocurra, sea lo que fuere, debe impulsarles a ustedes a presionar ese botón. No lo olviden, hay un interruptor de ésos en cada dependencia de la casa: en los dormitorios, en los respectivos cuartos de baño, en el salón, en el vestíbulo, en la cocina. En todas partes. ¿Quieren ver toda la casa ahora o prefieren retirarse a sus habitaciones?

—Yo me pongo de parte de usted —dijo Claramunda—: descansemos, y después tendremos tiempo de todo.

—Sólo una pregunta más —alzó un dedo Guijarro—: ¿qué pasaría si alguien apretase uno de esos botones?

Lili sonrió encantadoramente.

—No lo sé, señor Guijarro.

Éste soltó un refunfuño, y dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta de la gran sala-despacho. Lili le precedió segundos después, y subieron todos al piso superior, donde los fue distribuyendo en espaciosas y lujosas habitaciones, naturalmente todas con cuarto de baño propio.

Eran las cuatro y cuarto de la mañana cuando Lili Connors, suspirando profundamente, se dejaba caer en la cama de uno de los dormitorios del servicio, en la planta baja… Y a las cuatro y cuarto y un segundo, la señorita Connors estaba dormida.

* * *

Hacia las doce del mediodía, la señorita Connors estaba paseando por el jardín, contemplando las flores, exquisita con sus pantalones de terciopelo azul y su jersey negro de lana de Angora cuando vio salir de la casa a Bob, que la localizó inmediatamente y caminó

hacia ella, haciéndole señas. Acudió a su encuentro.

—Quieren verla a usted —dijo el agente de la CIA.

—Gracias, Bob.

Éste frunció el ceño, y comenzó a mascullar algo, que resultó ininteligible para la divina espía:

—… Bob, sino Simón.

—¿Qué dice? —rió Lili.

—Que me fastidia un horror que me llame Bob. Soy uno de sus Simones, ¿no es así?

—Y según entiendo, uno de los mejores —admitió ella—. Pero estamos representando ahora una… obra teatral, Simón, y a usted le ha tocado llamarse Bob, del mismo modo que a mí me ha tocado llamarme Lili. ¿Cree que a mí no me fastidia llamarme Lili, en lugar de Baby?

—Creo que he sido un poco tonto.

—Un tanto infantil, nada más. Espero que en los demás asuntos no lo sea tanto. ¿Se han ocupado usted y Susan de lo que les dije anoche?

—Vamos turnándonos en ello, pero hasta el momento no hemos encontrado nada. Mmm… Bueno, me parece que voy a preguntarle una barbaridad: ¿no podría usted estar equivocada?

Lili Connors frunció el ceño, y quedó pensativa unos segundos. Por fin, encogió los hombros, y susurró:

—Todos podemos equivocarnos, y yo no soy nadie especial en cuanto a eso. Sin embargo, ustedes sigan buscando. Discretamente, por supuesto. Bien, voy a ver que quieren de mí esos personajes tan interesantes.

Cuando entró en la sala-despacho, los seis hombres se pusieron en pie. Tras los saludos, Claramunda le señaló una silla a su lado. Lili la ocupó, y dirigió una curiosa mirada a los muchos papeles con notas que habían sobre la mesa.

—Hemos establecido unos cuantos puntos que nos gustaría que usted trasladase a Washington, señorita Connors. ¿Eso es posible?

—Desde luego.

—Está usted guapísima —dijo Guijarro.

—Muchas gracias —Lili sonrió socarronamente—. ¿Ese es uno de los puntos que esperan traslade a la Casa Blanca?

Los demás soltaron una carcajada, incluido Claramunda, que

estaba reuniendo los papeles que le tendían sus ministros. Pero, ciertamente, Fernando Guijarro no se amilanó.

—Con mucho gusto firmaré ese punto —replicó—. Aunque estoy seguro de que es algo que ya saben muy bien en Washington.

—Me parece que sí —sonrió de nuevo Lili. Veamos: ¿qué puntos son esos, señor Claramunda?

—Le daré las notas que…

—No. Estos papeles serán quemados inmediatamente Dígame lo que sea, y yo lo recordare con toda exactitud.

—Pues… Bien. Bien, de acuerdo. Quiero hacer constar que ése será el punto de partida de nuestra postura con respecto a nuestras futuras relaciones. Ignoramos qué es lo que espera Estados Unidos de Santa Marta, pero sabemos muy bien lo que Santa Marta espera de Estados Unidos. Estos son los puntos: queremos medios económicos para sufragar los gastos de la construcción de carreteras, aeródromos y puertos, así como instalaciones de industrias para manufacturar nuestro café, cacao y azúcar. Asesoramiento y apoyo militar. Médicos y técnicos diversos, y, en fin, un proyecto de organización para explotar debidamente las riquezas naturales de nuestro país.

—Como ve —dijo Guijarro, con cierto sarcasmo—, poca cosa.

—Informaré de ello —dijo simplemente Lili.

—Pero a usted, ¿no le parece demasiado?

—No lo sé. Depende de lo que Estados Unidos vaya a pedir a Santa Marta, supongo.

—¿Cuándo informará usted de estos puntos a Washington? —se interesó Claramunda.

—A su debido tiempo.

Los reunidos cambiaron miradas entre sí. Luego, se quedaron mirando a Lili Connors.

—Señorita Connors —dijo suavemente Ricardo Rodríguez—: nosotros tenemos la impresión de que usted está demorando el encarrilamiento de este asunto.

—Es cierto —admitió ella.

La sorpresa fue general.

—¿Por qué motivo? —preguntó ahora Oriol Claramunda.

—Porque no tenemos ninguna prisa. Supongamos que yo traslado sus condiciones a Washington, que son rápidamente

estudiadas y aceptadas. ¿Qué pasaría entonces?

—Dejaría de existir el pretexto que nos retiene a todos en Estados Unidos —dijo rápidamente Guijarro.

—Exacto —lo miró seriamente Lili—. Como consecuencia, se podría ya pensar en llevarlos de nuevo a Santa Marta. Y entonces, no habríamos ganado nada, porque volverían a intentar matar al señor Claramunda. Así que, hasta que la CIA no haya resuelto esa cuestión en Santa Marta, consideramos más prudente que ustedes permanezcan aquí.

—¿Y como piensa la CIA resolver la cuestión s de los atentados en Santa Marta? —preguntó Marcelo Ureta.

—Mañana, yo volveré a su país, señor Ureta, y dirigiré toda la operación.

—¿Nos va a abandonar? —murmuró Guijarro.

—Quedarán debidamente atendidos y protegidos; en todos los aspectos. Mientras tanto, yo resolveré lo de los atentados.

—¿Cómo lo hará? —se interesó Ceballos.

—Todavía no lo sé —admitió Lili—. Pero lo haré. Y quizá ustedes puedan ayudarme, contestando a algunas preguntas. Por ejemplo: ¿qué pasaría si, desdichadamente, consiguiesen asesinar al señor Claramunda?

—Eligirían otro presidente —murmuró el propio Claramunda.

—¿Hay alguien especialmente indicado, puesto que según parece, en su sistema no existe vicepresidente?

—Si… —murmuró Guijarro—. Hay alguien especialmente indicado, señorita Connors.

—¿Quién?

—Yo. Como ministro del Interior, pasaría a ocupar automáticamente el cargo.

—¿De un modo definitivo?

—No. Hasta que se preparasen elecciones formales. Claro está que en esas elecciones formales, yo podría ser ratificado en el cargo.

Los demás estaban silenciosos, mirando fijamente a Lili, que acabó por sonreír.

—Y ahora —dijo— supongamos que mueren todos ustedes. ¿Qué pasaría?

—Lo mismo —dijo Claramunda—. Habrían elecciones generales para cubrir todos los cargos vacantes.

—¿Conocen ustedes personas especialmente indicadas para ocupar todos sus cargos?

Los hombres de Santa Marta cambiaron miradas entre sí, entre sorprendidos y sobresaltados. Por fin, fue Fernando Guijarro quien contestó por los seis:

—No. Nadie en especial.

—Muchas gracias —Lili se puso en pie—. ¿Les parece bien que almorcemos a la una?

* * *

Fernando Guijarro se sentó en el banco del jardín, junto a Lili Connors, comentando alegremente:

—Hermosa tarde, ¿verdad?

Lili bajó el libro que había estado leyendo mientras tomaba el sol, y asintió con un gesto, sonriendo.

—Muy hermosa. De buena gana me habría puesto desnuda en el césped a tomar el sol, pero temo que habría resultado un tanto improcedente.

—Oh, por mí no se detenga —incitó. Guijarro.

Se echaron a reír los dos. Lili dejó el libro en el banco, y se quedó mirando con curiosidad al apuesto sudamericano.

—¿No estaría mejor descansando, señor Guijarro?

—¿Por qué he de descansar, si no estoy cansado?

—Razonable actitud. Sin embargo, entiendo que ustedes están acostumbrados a dormir la siesta. ¿O quizá el almuerzo le ha resultado insuficiente y el apetito no le deja dormir?

—No, no… El almuerzo ha sido excelente. La prueba está en que los demás sí se han retirado a dormir un rato. Pero yo quería hablar con usted.

—Ah… ¿Sobre qué?

—¿Sospecha usted de mí, señorita Connors?

—No.

—¿De veras? —se sorprendió Guijarro—. Bueno, cuando hizo aquellas preguntas…

—Simples preguntas. Pero quizá olvidé alguna… Por ejemplo: ¿le gustaría a usted ser presidente de Santa, Marta?

—Sí.

—Eso también es razonable —rió ella—. ¿A quién más le gustaría ser presidente?

—En realidad, somos muy pocos los capacitados para ocupar ese puesto. Pero cualquiera de nosotros lo haría bien; supongo. Usted ya nos conoce a todos. No se puede decir que mi país sea rico en hombres políticamente capacitados. La verdad es que sería un desastre nacional que nosotros seis desapareciésemos. Claro está, el más importante es siempre el presidente.

—Oriol Claramunda es un gran hombre —murmuró Lili.

Guijarro vaciló un instante, antes de decir:

—Quizá le falta un poco de flexibilidad. Tuvimos que luchar mucho con él para convencerle de que aceptase salir del país. Y aún más para que admitiese este inicio de negociaciones con Estados Unidos. No confía en nadie.

—Tiene sus motivos.

—Supongo que sí: ¿Le parece bien que sea yo quien haga preguntas ahora?

Lili le miró sorprendida en verdad.

—Naturalmente, señor Guijarro.

—Bien. Por ejemplo: ¿qué futuro tiene usted en la CIA?…

—Pues Mmmm… Me temo que no le comprendo.

—Quiero decir que me gustaría saber cuáles son sus aspiraciones personales… o sus posibilidades.

—Oh… Bien, no soy ambiciosa. En realidad, tengo ya todo lo que deseo. En cuanto a mis posibilidades, pues no sé. Supongo, que como todo norteamericano podría aspirar incluso a la Casa Blanca.

—¿Aspira usted a ser presidente de los Estados Unidos? —Respingó Guijarro.

—No me lo permitirían —susurró Brigitte—. Y si llegaba a conseguirlo, muy pronto sería asesinada.

—¿Pero usted se considera capacitada para dirigir este país?

Lili se quedó mirando fijamente al sudamericano, muy seria. De pronto, sonrió, y movió la cabeza.

—¿Qué más preguntas quiere usted hacerme?

—¿Está casada?

—No —rió ella.

—Yo tampoco. Pero me gustaría casarme… ¿Conoce usted Santa Marta bien?

—No.

—Es un hermoso país —Guijarro se quedó mirando a lo lejos, hacia el Sur, como si pudiera ver su patria—. Hace algún tiempo, tuvimos por allá un intento comunista de meternos en sus redes. En principio, parecía incluso interesante esa posibilidad, pues habríamos desterrado la miseria de un modo inmediato. Pero no aceptamos…

—¿Quiénes?

—Nosotros, los hombres que estamos aquí. Preferimos esperar más tiempo, con la esperanza de una oportunidad mejor. Y quizá esa oportunidad haya llegado… Lo único que falta en Santa Marta es dinero… Y digo esto, porque con él dinero…

¡TUVTT! ¡TÜVUTT! ¡TUUUTTT! ¡TUUUUTTT…! Comenzó a oírse una especie de sirena, de zumbido intermitente. Lili se había puesto en pie de un salto, mirando hacia la casa. Cuando Guijarro se puso también en pie, se quedó mirando, estupefacto, la pistolita que había aparecido en la mano de la hermosa rubia, un instante antes de que ésta echase a correr hacia la casa.

—¿Qué pasa? —gritó.

—¡La alarma! —gritó también ella, sin dejar de correr.

¡TTJTITT! ¡TTJTJTJTT! ¡TUUUTTT! ¡TUUUUTTT!

Fernando Guijarro se lanzó en pos de Lili, que corría a una velocidad increíble, hasta el punto de que no podía alcanzarla… Pero eso le sirvió a Guijarro para tener tiempo de ver la media docena de hombres armados que salían del garaje y corrían también hacia la casa. Y, a su derecha, en el centro del césped, un rectángulo de éste se alzó de modo sorprendente, y tres hombres parecieron brotar del subsuelo, también armados, mirando a todos lados… Uno de ellos se encaró con Fernando Guijarro, gritándole:

—¡Vaya a la casa, pronto!

Guijarro se dio cuenta de que estaba como cavado al suelo, que la sorpresa le había paralizado. Asintió con la cabeza, y reanudó la carrera hacia la casa, en el momento en que Lili Connors y los seis hombres salidos del garaje llegaban allá y entraban a toda prisa, mientras continuaba oyéndose la señal de alarma.

¡TUUUUTTT! ¡TUUUUUTTT!, ¡TUUUUUUTTTTT…!

Capítulo IV

Lili Connors cruzó velozmente el vestíbulo, con la cabeza vuelta hacia los seis hombres que la seguían. Procedentes de la cocina aparecieron Bob y Susan, cada uno con una pistola en la mano, muy abiertos los ojos.

—¡Ocupen toda la casa! —gritó Lili—. ¡Tres de ustedes suban conmigo! ¡Susan, desconecte la alarma!

Pareció que volase, más que subiese las escaleras. Llegó al amplio pasillo, que mostraba abiertas casi todas las puertas que daban a él. Delante de una de las habitaciones, vio a Marcelo Ureta, lívido, como clavado al suelo, y corrió hacia allí.

Lo apartó, y entró en aquella habitación. Inmediatamente, vio a Juan Ceballos, caído en el suelo y cara al techo, al lado de la cama. La visión era estremecedora: todo el pecho y el rostro del sudamericano estaban manchados de sangre, que se esparcía también por él piso; y también había manchas en la cama.

Lili corrió junto a Ceballos, y se arrodilló. Se quedó mirando el gesto de dolor, de angustia, en aquellas facciones manchadas de sangre; los ojos estaban desorbitados, cristalizados.

—¿Qué pasa? —Apareció jadeante Guijarro—. ¿Qué pasa, qué…? ¡Juan!

Se abalanzó hacia Ceballos, pero Brigitte lo apartó con un brazo, firmemente. La señal de alarma dejó de zumbar en aquel momento.

—No lo toque —murmuró.-

—Pero ¿qué ha pasado? —gimió Guijarro.

Se volvió hacia los demás. En la habitación estaban los tres agentes de la CIA, que parecían no saber qué hacer. Y también estaban Ricardo Rodríguez y Evelio Morales, mirando estupefactos a su compañero de tareas políticas. Marcelo Ureta continuaba en la puerta, lívido como un muerto.

Y no menos lívido, estaba también en la habitación Oriol

Claramunda, de pie junto a la pared, como petrificado.

Lili tomó entre sus dedos la muñeca derecha de Ceballos, y durante unos segundos el silencio fue total, angustioso. Por fin, la hermosa rubia soltó la muñeca, y cerró los párpados de Juan Ceballos, ocultando así aquellos ojos vidriosos, aterrados.

—Está…, está muerto —tembló la voz de Guijarro.

—Sí.

—Pe… pero… pero…

Lili tomó una sábana de la cama, y la echó encima del cadáver. Luego, hizo una seña a uno de los agentes de la CIA, que se acercó rápidamente, y estuvo unos segundos escuchando sus susurros. El espía asintió, y salió del dormitorio.

Lili se volvió hacia Claramunda, que parecía una estatua. Junto a él estaba el interruptor de color rojo, y tras mirarlo un instante, Baby volvió a mirar a Claramunda.

—¿Ha sido usted quien ha dado la alarma?

Claramunda abrió la boca, la cerró. Por fin, asintió con la cabeza.

—¿Puede decirnos qué ha pasado? —insistió Lili.

—No lo sé —consiguió hablar Claramunda—. Estaba en mi dormitorio, pensando en los puntos que le comunicamos a usted esta mañana, y tuve una idea que me pareció buena… No quise esperar a comentarla con Juan, y vine aquí. Lo… lo encontré ahí, tal come está. Lo único que se me ocurrió fue apretar el botón.

—Está bien. Será mejor que salgamos de aquí.

—¿Qué clase de protección es la suya? —gritó de pronto Ureta, aún en la puerta—. ¡Si Vamos a…!

—Por favor, señor Ureta, cálmese. Voy a rogarles a todos que vayan al salón, y me esperen allí. No salgan por ningún motivo.

—¡No puede tratarnos así, ni darnos órdenes! ¡En cuanto a éste…!

—Cállate —gruñó Claramunda—. Y vamos todos al salón.

* * *

Desde la ventana del salón habían visto llegar la furgoneta, de la cual se apearon tres hombres. Uno de ellos entró inmediatamente en la casa, mientras los otros dos abrían las puertas de atrás de la

furgoneta que parecía destinada a reparto de comestibles, y sacaban del interior una camilla. Entraron con ella en la casa, y poco después volvían a salir, con la camilla ocupada por Juan Ceballos. La colocaron en la furgoneta, y pasaron al asiento. Poco después salió el otro hombre, se metió también en la furgoneta, y ésta partió.

Aún estaban viéndola alejarse por el sendero bordeado de flores cuando Lili Connors entró en el salón… Todos miraron hacia la puerta, y al verla, parpadearon. Eso fue todo.

—La úlcera —dijo Lili.

—¿Qué dice? —susurró Claramunda.

—La úlcera le ha matado, señor Claramunda.

—Pero… ¡no puede ser!

—¿No? ¿Por qué?

—Bueno… No sé… Sí, entiendo… ¿Tan mal estaba?

—Según parece, más de lo que todos ustedes pensaban. Y estos días de tensión han sido fatales para el señor Ceballos. Supongo que han visto ustedes a los tres hombres de la furgoneta… Uno de ellos es un médico de la CIA, y sus palabras han sido bien claras: el estómago perforado. La hemorragia ha sido terrible.

—Pero… Juan pudo haber gritado o haber pulsado el botón rojo…

—No tuvo tiempo. Se desmayó. Debía tener unos dolores atroces. Estaba en la cama, y consiguió levantarse. Supongo que caminaba hacia el botón rojo, pero no consiguió llegar. Cayó al suelo, y no tuvo fuerzas para nada El señor Ceballos debió venir a Estados Unidos mucho antes, para operarse el estómago.

—Esas malditas pastillas —jadeó Ricardo Rodríguez—. Se lo dije cientos de veces, que las tirase a la basura, y que se operase…

—También yo se lo dije —intervino Guijarro—, pero siempre me decía que no había para tanto. Por Dios ¡Pobre Juan!

—Al menos —murmuró Claramunda— no ha muerto asesinado. Quiero decir que al verlo con tanta sangre, pense… Bien.

—Ya les dije que aquí están seguros —dijo Lili—. Ha sido un desdichado final para el pobre señor Ceballos, pero nadie tiene la culpa. Si acaso, él mismo pues debió cuidarse mejor. Lo siento de veras.

—¿Adónde lo han llevado?

—He supuesto que usted querría enviar el cuerpo a Santa Marta, señor Claramunda, así que la CIA va a encargarse de ello, si le parece bien. Será debidamente acondicionado en un ataúd, y enviado a su país, donde, provisionalmente, mis compañeros que están trabajando allí se harán cargo de él, a la espera del regreso de ustedes, por si quieren enterrarlo debidamente y con los honores correspondientes. No sé si están de acuerdo, así que si prefieren enfocar de otro modo.

—No —negó Claramunda—. Lo ha hecho usted muy bien Muchas gracias, señorita Connors.

—Espero que me perdone —murmuró Marcelo Usera—. Si le grité ante antes fue porque al ver a Juan cubierto de sangre, pensé que… que le habían matado. Bueno, quiero decir…

—No se preocupe —sonrió Lili—. Lo que ha pasado es lamentable, pero podría haber ocurrido en cualquier otro sitio. Supongo que ustedes seguirán aquí.

Todos miraron a Claramunda, que asintió.

—Naturalmente que sí.

—Muy bien. Las conversaciones seguirán. Por cierto, señor Claramunda: ¿qué iba usted a decirle al señor Ceballos?

Oriol Claramunda sonrió tristemente.

—Puesto que era el ministro del Exterior pensé que él debía exponer la idea como si fuese suya: solicitar de la Casa Blanca dos asesores políticos permanentes en Santa Marta, los cuales, informados periódicamente por la CIA, mantendrían a Juan al corriente de lo que se relacionase con los países vecinos de Santa Marta.

—Es una buena idea —susurró Lili.

—Ya no sirve para nada.

—¿Por qué no? Es lamentable que el señor Ceballos haya fallecido, ciertamente, pero habrá que nombrar otro ministro del Exterior, y si como es de esperar, aún tendrá menos experiencia que el señor Ceballos, tanto más motivo para que se le proporcionen esos dos asesores.

—Usted no lo entiende… ¿De dónde quiere que saquemos otro hombre como Juan?

—¿Debo entender, de verdad, que son ustedes insustituibles?

—Prácticamente. Y ya sólo quedamos cinco… por ahora.

—Procuraremos arreglar las cosas de modo que Santa Marta no les pierda, señor Claramunda.

—Estamos convencidos de su interés.

—Muy convencidos —dijo Guijarro—. No sabíamos que hubiesen tantos hombres protegiéndonos.

—Ya les dije que estaban a salvo —sonrió Lili—. En este aspecto, no soy de las que cometen errores. Aunque tampoco soy infalible, claro está. Y ahora, si me perdonan, tengo algunas cosas que hacer… Nos veremos a la hora de la cena.

—¿Se va de la casa? —preguntó Guijarro.

—Claro que no. Solamente voy a hablar con mis compañeros, para darles instrucciones sobre la vigilancia de esta noche.

—¿Acaso teme usted algo? —La miró vivamente Claramunda.

—Aquí, no. Pero un refrán que ustedes deben conocer muy bien dice que «más vale prevenir que curar»… Y queda demostrado que es cierto si tenemos en cuenta lo ocurrido al señor Ceballos. Hasta luego.

Lili Connors salió del salón. Y poco después, en efecto, la vieron por el jardín, con los agentes de la CIA, que caminaban junto a ella y asentían continuamente a sus instrucciones.

Fernando Guijarro se volvió, desde la ventana, y sonrió desganadamente.

—Tengo la impresión —dijo— de que, aunque no lo parezca, estamos en lo más parecido a una fortaleza.

Capítulo V

Fuese o no fuese una fortaleza aquella quinta, lo cierto fue que nada ocurrió durante la noche. Pero a la hora del desayuno, la inquietud cundió entre Oriol Claramunda y sus ministros, al notar la ausencia de Lili Connors.

—¿Se ha marchado ya a Santa Marta? —preguntó Claramunda a Bob, que ayudaba a Susan a servir la mesa.

—No, señor —negó el agente de la CIA—. Salió de madrugada hacia Washington. Entiendo que piensa conversar con alguna persona adecuada para estudiar ciertos puntos que expusieron ustedes ayer.

—Ah… ¿Cuándo partirá la señorita Connors?

—Lo ignoro, señor. Y por el momento, ni siquiera sé decirle cuándo regresará aquí.

* * *

La señorita Connors regresó hacia las once de la mañana, y Oriol Claramunda, que parecía muy impaciente, se apresuró a salir a su encuentro, abriéndole la portezuela del coche apenas éste se hubo detenido delante de la casa.

—Buenos días, señor Claramunda —le saludó sonriente la bellísima rubia—. Es usted muy amable.

—Me gustaría conversar a solas con usted unos minutos, señorita Connors.

—Ah —ella miró alrededor—. ¿Dónde están los demás?

—Cambiando impresiones en el despacho. Yo la estaba esperando. Bob nos dijo que había ido a comunicar nuestras peticiones a alguien de Washington. ¿Es así?

—En efecto.

—En ese caso, insisto en hablar con usted a solas.
—No hay inconveniente.
Bob salía de la casa; miró sonriente a Lili, saludó tocándose la frente con dos dedos, y se metió en el coche, para llevarlo hasta el garaje. Ella le tiró un beso con los dedos, y señaló hacia el pequeño prado.
—Un hermoso día para pasear, —comenzó a caminar—. Le escucho, señor Claramunda.
—¿Qué le han dicho en Washington respecto a los puntos que le expusimos a usted ayer?
—No me han dicho nada —le miró ella sorprendida—. Han tomado nota de ellos, y supongo que hoy mismo se dedicarán a estudiarlos.
—Claro. Sí, es natural —Claramunda señaló hacia el cercano río que se veía por entre los pinos, a considerable distancia—. Bien, mi petición quizá va a parecerle un poco rara, señorita Connors, pero estoy obligado a hacerla. Es respecto a mis compañeros. Como usted sabe, ellos han sido siempre los entusiasmados por las perspectivas de esta probable alianza entre Santa Marta y Estados Unidos.
—¿Usted no?
—Quizá yo sea más frío y desconfiado que ellos. Claro está que nadie da nada por nada, así que es de esperar que Estados Unidos imponga unas condiciones adecuadas a cambio de aceptar nuestras peticiones. Bien, lo que yo quiero pedirle es que tengamos mucho… cuidado para no lastimar a mis amigos.
—No le comprendo —le miro Lili, sorprendida.
—Generalmente, los poderosos tratan con los inferiores de un modo benévolo, pero un tanto humillante, a veces. Quiero decir, que en sus convenios y relaciones, dejan bien establecido quien es el poderoso que da y el inferior que recibe. Son amables, pero soberbios. Yo quisiera que usted trasladase a Washington mi petición de que, esta vez, como un favor a mi persona, no lo hiciesen así. Es decir, que traten a mis ministros en un plano de igualdad. Luego, que actúen como les convenga, pero, cuando por fin se produzcan esas entrevistas, quisiera que Fernando, Marcelo, Evelio y Ricardo se sintiesen tan importantes como los importantes políticos yanquis que nos atenderán. No sé si me he explicado bien…

—Se ha explicado perfectamente —murmuró Lili.

—¿Procurará usted que mi petición sea escuchada?

—No hace falta, señor Claramunda. Me temo que tiene usted un concepto erróneo sobre los políticos norteamericanos.

—¿De veras? —Claramunda sonrió escépticamente. Bueno, a decir verdad, no tengo ninguna experiencia al respecto, pero…

¡Pack!, se oyó el seco trallazo por encima de ellos.

Oriol Claramunda se detuvo en seco, y alzó la cabeza, desconcertado… mientras Lili Connors saltaba de lado contra él, derribándolo.

—¡Busque una protección! —gritó, sacando su pistolita.

También ella rodó por el suelo, en dirección opuesta a Claramunda, que tras llegar tras unos arbustos de flores, se volvió a mirarla, con expresión desorbitada. Asimismo detrás de unos arbustos, la espía estaba sacando la pequeña radio con la otra mano.

—¡Nos están atacando! —gritó—. ¡Desde el río!

Claramunda miró hacia el río. No veía nada. Solamente pinos, pues ahora, tendido, no podía ver la corriente de agua. Luego, miró hacia la casa, y vio a los hombres de la CIA saliendo del garaje y del escondrijo en el centro del prado. Dos de ellos llevaban potentes rifles, y los demás pistolas. Corrían hacia allí a toda velocidad, pero Lili, vuelta de cara hacia ellos, alzó un brazo, moviéndolo a derecha e izquierda, e inmediatamente, los agentes de la CIA se extendieron, formando un semicírculo, pero sin dejar de correr en dirección al río, inclinados, describiendo inesperados giros a su marcha.

En muy pocos segundos, todos habían llegado hasta el límite de los pinos, ocupando posiciones tras los troncos. Menos uno, que fue a dejarse caer junto a Lili.

—¿Qué ha pasado? —exclamó.

—Nos han disparado desde la orilla del río. Con un rifle, con silenciador La bala ha pasado por encima de nuestras cabezas. Eso es todo lo que he oído Señor Claramunda —se volvió hacia éste—, usted no se mueva de ahí pase lo que pase.

A unos cuantos metros de Lili y Simón, Oriol Claramunda asintió con la cabeza. Todavía no parecía haber entendido lo que sucedía, pero, ciertamente, si debió entender a Lili, la cual estaba mirando ahora hacia el río. Detrás de algunos pinos, estaban los Simones,

estudiando el terreno, listos para repeler el siguiente ataque.

Pero un minuto más tarde. Lili comprendió que dicho ataque no se produciría. Frunció el ceño, y se incorporo.

—Vamos a echar un vistazo.

—¡Agachese! —La asió de una mano Simón—. ¡Pueden disparar!

—No. Se han marchado. Por el río.

Simón parpadeó. Luego, se puso en pie, no muy convencido Los demás volvían la cabeza hacia ellos, y los miraban con gesto interrogante. Lili se volvió hacia la casa. En la puerta estaban Susan y Bob, y los hombres de Santa Marta, mirando hacia allí, pero sin acercarse, ya que Susan y Bob debían haberlo indicado. Les hizo señas con una mano, y los agentes de la CIA comprendieron. Entraron en la casa de nuevo, detrás de los ministros de Claramunda Lili miro a éste, e insistió.

—No se mueva. Han venido a por usted.

Claramunda se paso la lengua por los labios, y permaneció inmóvil Lili y Simón comenzaron a caminar hacia los pinos, tensos Si ella se había equivocado, el oculto tirador podía decidir cambiar de presa, y disparar contra ellos.

Pero no. Ya no chascó ninguna bala más. Llegaron sin novedad a los pinos, bajo la atenta mirada de los demás Simones, que esperaban instrucciones de Lili, evidentemente.

—Ha debido marchar por el río —dijo ella—. Pero de todos modos, tengan cuidado.

Siempre formando un semicírculo, se dirigieron todos hacia el río. Pero, apenas habían dado unos pasos, uno de los Simones silbó, y se volvió hacia Lili, haciéndole señas con un brazo. Cuando ella llegó junto al espía, éste señaló el suelo, en silencio. Lili se inclinó, y recogió el casquillo de la bala. Muy cerca, la pinocha se veía removida, y apenas un par de metros más allá, la huella de un zapato masculino se veía marcada sobre el blando terreno. Poco más allá, volvía a verse la misma huella… Y a medida que se acercaban a la orilla del río, podían distinguirlas con más claridad.

Las huellas llegaban hasta la misma orilla. Luego, muy lógicamente, desaparecían.

Uno de los Simones comenzó a refunfuñar. Los demás se acercaron, vieron las huellas, y comprendieron.

—¿Cree que se ha ido nadando? Porque si es así, todavía

podríamos correr por la orilla, y quizá le viésemos…

—Lo dudo —murmuró Lili—. Posiblemente, llevaba un equipo de bucear.

—Pues yo dudo eso —negó Simón—. La verdad, no me imagino a un hombre-rana con zapatos, Baby.

Ella le miró divertida.

—Yo tampoco —admitió—. ¿Sabe que es una observación muy interesante, Simón?

El espía se quedó mirándola fijamente. Y de pronto, comprendió: podía tratarse perfectamente de un hombre rana que se hubiese puesto zapatos, para dejar huellas bien claras y que le buscasen por la superficie del río, o bien por las orillas…, mientras él se alejaba, incluso quizá río arriba, con su equipo de bucear.

—Desde ahora —mascullló—, en vez de ser Simón en este asunto, seré Tonto I.

—Total —dijo otro— que no podemos alcanzar a nadie.

Lili Connors se volvió, para mirar en dirección a la casa. Pero su mirada estaba fija en el suelo, en las huellas que con tanta claridad habían quedado impresas en el terreno.

—Eso es —murmuró—; ya no podemos alcanzar a nadie. Será mejor que vuelvan a sus puestos. Y llévense al señor. Claramunda.

—Bien. ¿Usted no viene?

—Voy a reflexionar aquí unos minutos.

Los agentes de la CIA la miraban desconcertados, pero optaron por obedecer, simplemente. Ella les vio marchar, llegar junto a Claramunda, rodearlo, y caminar todos hacia la casa, que se veía a unos doscientos cincuenta metros, por entre los pinos. Esperó a que los Simones y Claramunda hubiesen llegado, y entonces emprendió el regreso a su vez, mirando las huellas de aquellos zapatos masculinos. Llegó junto al pino bajo en el cual habían encontrado el casquillo de bala de rifle, y dio una vuelta alrededor del tronco, siempre fija su mirada en el suelo.

De pronto, alzó la cabeza, hacia la copa del pino. Y el mismo tiempo, alzaba la mano derecha, armada con la pistolita:

No lo distinguió muy bien, allá arriba, entre las ramas, pero apretó el gatillo.

Plof, chascó apagadamente la pistolita.

—¡Aaaggggg! —Se oyó arriba, entre las ramas.

Inmediatamente, se pegó de espaldas al tronco, con la cabeza alzada y apuntando hacia arriba su pequeña arma.

Entonces sí lo vio perfectamente. Estaba cayendo de una rama a otra, gimiendo y gritando El rifle cayó primero, muy cerca de los pies de Baby, que se apresuro a recogerlo y apartarse del tronco del pino. Cuando volvió, a mirar hacia arriba, el hombre seguía cayendo, como un muñeco de trapo, de una rama a otra, intentando aferrarse a alguna de ella, sin conseguirlo. Cayó finalmente de riñones sobre la rama más baja, volvió a gritar, dio la vuelta, y se precipitó hacia el suelo, cayendo de espaldas sobre los hombros y la cabeza, con escalofriante chasquido.

—Durante unos segundos, Baby le estuvo apuntando con su pistolita, muy atenta a cualquier posible reacción, que no se produjo. Por fin, se inclino sobre el hombre, y con la punta de la pistola apoyada en su barbilla, le movió la cabeza, que cedió flojamente.

La espía más peligrosa del mundo frunció el ceño, con claro gesto de disgusto; y sacó la radio de bolsillo.

—Por favor, vengan dos de ustedes al río —pidió.

Se quedó mirando el cadáver del hombre. Tenía una herida en la parte de atrás del muslo derecho, eso era todo. Pero, al caer, se había roto el cuello. Mala suerte.

Cuando volvió a mirar hacia la casa, vio a dos Simones corriendo hacia ella a toda velocidad, pistola en mano. Llegaron en pocos segundos, vieron al hombre, y se quedaron mirando estupefactos a Lili.

—Llévenlo a la casa —murmuró ella.

—Pero… ¿de dónde ha salido? —exclamó un Simón.

—De ahí arriba —señaló ella la copa del pino—. Seguramente habría permanecido escondido hasta la noche, o esperando alguna buena oportunidad para escapar…, o para disparar de nuevo.

—Pe… pero, si las huellas iban hacia el río…

—Venían del río —rectificó ella, sombría—. Llegó por el río en alguna embarcación silenciosa, quizá esta madrugada, y caminó hacia este pino de espaldas. Se subió a él, esperó, y cuando llegó la ocasión, disparó. Entonces, se limitó a quedarse escondido ahí arriba, pues temía que nuestra reacción fuese demasiado rápida, y, aunque utilizase un equipo de hombre-rana, pudiésemos cazarlo, de

un modo u otro. Lo mejor era preparar las cosas de modo que pareciese que había corrido hacia el río. Y mientras nosotros le buscásemos, él se quedaría esperando que todo terminase para marcharse tranquilamente. Quizá esta noche.

—¿Cómo se le ocurrió esto a usted?

—Pues, me dije que una persona que se va, ha tenido que llegar antes, ¿no? Había huellas hacia el río, pero ni una sola que se acercase al pino. Las he estado buscando, pero no las he visto. Sólo he visto las que van hacia el río, aparentemente. Pero si no habían más, podía significar un hombre caminando de espaldas… Bueno. ¿Me entienden o no?

—Sí.

—Vamos a llevarlo a la casa. Quizá saquemos algo en claro de este cadáver.

Pero pocos minutos después, no se había sacado nada en claro. Ni siquiera el nombre del muerto, pues no llevaba documentación de ninguna clase. Era un hombre alto, atlético, muy moreno, de rasgos latinos, sin la menor duda. Podía ser perfectamente de Santa Marta, pero ninguno de los políticos lo conocía.

El cadáver yacía en el centro del salón, contemplado por todos. Nadie sabía qué hacer, y, en cuanto a Claramunda y los suyos, estaban visiblemente inquietos. Porque claro está, la presencia de aquel hombre allí sólo podía significar que el escondite había sido localizado, y que los enemigos de Oriol Claramunda no pensaban cejar en su empeño de asesinarlo.

—Yo misma lo voy a llevar a la central, en un coche —dijo finalmente Lili Connors—. Le tomaremos las huellas, y quizá consigamos algo.

—¿Le interesa el rifle, señor Claramunda?

Éste, que había estado contemplando el arma, encogió los hombros.

—Estoy pensando si este rifle es el mismo que ha disparado en otras ocasiones contra mí.

—Seguramente, es el mismo rifle. Y quizá, el mismo hombre. Y ahora ya le conocía bien.

Oriol Claramunda dejó caer la cabeza, sus hombros se abatieron… Se dejó caer en un sillón, y quedó silencioso, —sombrío. Fernando Guijarro consiguió apartar la mirada del

cadáver, y la dirigió hacia. Lili.

—¿Y ahora? —murmuró.

—No lo sé, señor Guijarro.

—¿No lo sabe? Bueno, yo sí sé una cosa: este lugar, que parecía tan excelente, ha sido descubierto. ¿Cómo explica usted eso?

—Lo siento, pero no dispongo de esa explicación. ¡Qué más quisiera yo!

—¿Adónde nos llevará ahora? —Gruñó Ureta.

—Por el momento, les ruego que acepten seguir ocupando esta casa. A mi regreso de la central, quizá hayamos tomado una determinación que esperemos sea… definitivamente adecuada.

—Para serle sincero —intervino Morales—, estamos perdiendo la confianza en sus sistemas de seguridad. Esto es inaudito: lo del submarino ya lo fue, pero podían haber explicaciones. En cambio, para lo de ahora… ¿qué explicación encuentra usted? ¿Cómo es posible que este hombre haya podido localizarnos?

—No lo sé, señor Morales.

—Ya está bien —refunfuñó Guijarro—, no la acoséis más. Ella no tiene la culpa.

—¿Y nosotros sí? —saltó Rodríguez.

—Por favor, tengan calma todos, caballeros —pidió Lili—. Voy a ver si conseguimos encontrar alguna pista en la central, por medio de este hombre. Mientras tanto, la casa será vigilada, nadie podrá llegar hasta aquí. Todo lo que tienen que hacer ustedes es no salir de ella. Simón, carguen el cadáver, en el maletero de mi coche, por favor.

Dos agentes de la CIA alzaron al muerto, y salieron con él del salón. Lili comenzó a caminar tras ellos, pero Guijarro se interpuso en su camino.

—¿Volveremos a verla? —se interesó.

—Naturalmente.

—Pero si se va a Santa Marta…

—Ya no pienso ir a su país, señor Guijarro. ¿Para qué, si los asesinos están por aquí?

—El asesino ha muerto.

—Ha muerto el ejecutor, señor Guijarro. Solamente el ejecutor. ¿Me permite pasar?

Guijarro se apartó, y Lili Connors salió del salón. Marcelo Ureta

se acercó a la ventana, y la vio en el exterior, caminando hacia el garaje. En la puerta de éste aparecían en aquel momento los dos espías que habían llevado el cadáver al coche. Esperaron a Lili, y ésta se detuvo ante ellos. Estuvieron hablando durante un par de minutos. Luego, ella entró en el garaje, y segundos después salía, conduciendo el coche, hacia la salida de la quinta.

—Ya se va —se volvió Ureta.

Oriol Claramunda dejó de contemplarse sombríamente la escayola que envolvía su muñeca derecha, y murmuró:

—Ojalá encuentre alguna solución.

* * *

—Lo siento —terminó Lili—. Se ha hecho todo lo que podía hacerse. Incluso hemos recurrido a la policía y al FBI, pero en ninguna parte existían fichas sobre las huellas digitales de este hombre. Nadie sabe nada sobre él.

—Entonces, estamos como en el principio —dijo Ureta.

—No exactamente, señor Ureta. Lo que ocurre es que hasta el momento no ha sido posible identificar a ese hombre. Tenemos el convencimiento, sin embargo, de que no es norteamericano, así que de un modo u otro ha tenido que entrar en el país. Se han hecho miles de fotografías de él, y se están repartiendo por todas partes: muelles, estaciones de ferrocarril, terminales de autobuses, aeropuertos…

—¿Y que conseguirán sabiendo por dónde o cómo llego a Estados Unidos? —preguntó Guijarro.

—No lo sé. Yo acabo de regresar de la central, donde he dejado a todo el mundo muy ocupado. Y sabemos que el trabajo da frutos… casi siempre. Sólo son las cinco de la tarde —miró su reloj — y doce minutos. Creo que debemos tener un poco de paciencia.

—Es una situación muy desagradable para nosotros —dijo de pronto Oriol Claramunda—. No viene a vernos nadie, no podemos hablar de esa alianza que cada vez me parece más improbable. La verdad, señorita Connors, tal como están las cosas, creo que sería preferible que todos nosotros regresásemos a Santa Marta. Al menos, allí tenemos muchas cosas que hacer. Y si de todos modos estamos en peligro, prefiero que sea en mi casa.

—En cierto modo estoy de acuerdo con usted, señor Claramunda. Pero tenga en cuenta. Perdón…

Había sonado un zumbido, y Lili sacó la pequeña radio de bolsillo.

—¿Sí? —inquirió.

—Solicitamos contacto personal —se oyó la voz de un hombre.

—¿Cuándo? —Alzó las cejas Lili.

—Cuanto antes, mejor. Aunque si lo prefiere, podemos esperar a la segunda fase.

La rubia espía quedó reflexiva unos segundos. Por fin, dijo:

—Esperaremos a la segunda fase. Quedo esperando.

—Okay.

Lili cerró la radio, la guardó, y se quedó mirando a Oriol Claramunda, que, como los demás sudamericanos, la miraban expectantes.

—Mm… Le estaba diciendo, señor Claramunda…

—¿Quién la ha llamado? —preguntó Guijarro—. ¿Qué ocurre ahora?

—Se trata de un nuevo dispositivo de vigilancia, en torno a esta casa —explicó con indiferencia Lili—. Lo están instalando, pero no vale la pena que lo examine hasta que esté terminado. Volvamos a la conversación… Sí, en cierto modo, estoy de acuerdo con usted, señor Claramunda, pero creo que no debe precipitarse. En estos momentos, personal adecuado de la Casa Blanca debe estar estudiando las condiciones que ustedes me explicaron. Muy probablemente, tendrán algunos reparos que hacer, detalles que puntualizar… Si ahora, ustedes regresan a Santa Marta, podría ser considerado como falta de interés por su parte en llegar a un acuerdo para esa alianza.

—Ella tiene razón —dijo Guijarro—. Yo creo que debemos quedarnos Oriol.

—No sé —murmuró Claramunda—. No sé, francamente.

—No tenemos otra cosa que hacer sino charlar, por el momento —sonrió Lili—. Mientras esperamos la cena, espero que entre todos podamos convencerle de que es mejor que permanezcan todavía un poco más de tiempo aquí. Un argumento más que se me ocurre, señor Claramunda.

La señorita Connors comenzó a exponer sus argumentos. Oriol

Claramunda la escuchaba con atención. De cuando en cuando, intervenía uno de sus ministros, siempre en apoyo de Lili Connors; cuyos razonamientos, ciertamente, no podían ser más lúcidos y adecuados. Y así, cambiando impresiones, llegó la hora de la cena, durante la cual, la conversación prosiguió. La cena terminó, y volvieron al salón, donde tomaron café y licores. Para entonces, Oriol Claramunda había terminado sus objeciones, pero…

—Pero, insisto en que, permaneciendo aquí, estamos perjudicando a Santa Marta. ¡Ni siquiera sabemos lo que puede estar sucediendo allí!

—Si ocurriese algo que requiriese la presencia de ustedes, serían transportados inmediatamente —Lili parecía algo fatigada—. Pero, puesto que no llega ninguna comunicación en ese sentido, significa que todo va bien por allá, señor Claramunda.

—Hombre, ya está bien —masculló Guijarro—. ¿Qué más podemos decirte?

—Mira, Fernando, a ti te encanta estar con la señorita Connors, y lo comprendo. Pero cuando un hombre está dedicado a su patria exclusivamente…

Tut-tut-tut, zumbó la radio de bolsillo de Lili Connors, que atendió inmediatamente la llamada.

—¿Sí?

—Terminada la segunda fase.

—¿Ya? —se sorprendió Lili.

—No ha sido en absoluto difícil. ¿La esperamos?

—Sí. Saldré inmediatamente a revisarlo todo. Hasta ahora.

Cerró la radio, se puso en pie.

—¿Va a salir? —preguntó Guijarro.

—Sí. Examinaré esos nuevos dispositivos de seguridad. Y seguramente, me llegaré a la central, por si tienen alguna pista que pueda resultar interesante. Podemos seguir la conversación mañana, si les parece.

—No creo que haya nada más que hablar, realmente —encogió los hombros Evelio Morales—. Nos quedamos, por ahora. ¿No es así, Oriol?

—Está bien —aceptó éste, resignado.

—Gracias —sonrió Lili—. Hasta mañana, caballeros.

Un par de minutos más tarde, la señorita Connors abandonaba la

quinta en su coche…

Y apenas dos minutos después, detenía su coche en un lado de la avenida, y lanzaba una señal con las luces. Por delante de ella, otro coche contestó con idéntica señal. Luego, dos hombres se apearon del otro vehículo, y se acercaron.

Llegaron, y entraron en el asiento de atrás. Lili estaba vuelta hacia ellos, muy seria.

—Buen trabajo, compañeros. Y gracias.

—No ha sido difícil, de veras, teniendo en cuenta que hemos empleado todo el personal disponible, tal como usted ordenó. Más de doscientos…

—Espero que estén completamente seguros.

—Bueno… Cabe un margen de error, pero muy pequeñito —sonrió uno de los agentes—. Esta es una zona poco poblada, afortunadamente, así que la selección ha sido rápida y fácil. De todos modos, usted tiene suficiente criterio para obrar en consecuencia si ese diminuto error se hubiese producido. Están en esta dirección.

Lili tomó el papel que le tendía el agente de la CIA, y dio la luz interior del coche. Leyó la dirección, apagó la luz, y dijo:

—No conozco esta dirección.

—Está muy cerca de aquí, desde luego. ¿Quiere que vayamos con usted? —Vibró la esperanza en la voz de Simón.

—No… Bastará que vuelvan a su coche, y vayan hacia este lugar. Cuando pasen por delante apaguen un instante las luces de posición del coche, y yo entenderé. Por cierto: supongo que los están vigilando.

—Naturalmente.

—¿Cuántos son?

—Cuatro.

—Me gustaría saber si están todos en la casa o alguno ha salido.

—Nada más fácil —Simón sacó su pequeña radio, y la accionó—. Simón, soy Simón. Baby está conmigo. Quiere saber si alguien ha salido de la casa.

—Están todos dentro —replicó una voz.

Lili tomó la mano de Simón, acercando la radio a su boca.

—Simón, soy Baby. Dentro de cinco minutos estaré cerca de esa casa. Ustedes amplíen el círculo de vigilancia, y si sale alguien, no

lo sigan. Yo me encargaré de esa persona, mientras ustedes seguirán vigilando a los que queden.

—¿Y si salen todos?

—Si salen todos juntos, yo los seguiré y ustedes se quedarán donde están. Si salen por separado, yo seguiré al primero y ustedes vayan siguiendo a los demás.

—Okay. Caracoles, debe estar usted un poco desorientada, ¿verdad?

Lili Connors se sorprendió.

—¿Desorientada? ¿Por qué motivo?

—Bueno, eso de trabajar tan cerca de Washington debe ser una tontería para usted, que está acostumbrada a darse paseos por todo el mundo.

—Es verdad —rió la divina espía—. Pero de cuando en cuando resulta agradable que le traigan a una el trabajo a casa, ¿no le parece?

—Tiene usted respuestas para todo. ¿Algo más?

—No. Gracias a todos.

Miró a Simón, que cerró la, radio, la guardó, y salió del coche, en compañía del otro. Fueron al suyo, lo pusieron en marcha, y partieron, con Lili Connors detrás.

Recorrieron un trecho de aquella avenida, pasaron a otra girando hacia la derecha, y, apenas veinte segundos más tarde, al pasar delante de una bonita villa rodeada de jardín, las luces rojas del coche de Simón se apagaron un instante.

Lili miró hacia la casa por delante de la cual estaban pasando, y siguió adelante, unos cincuenta metros. Detuvo el coche tras maniobrar para dejarlo encarado hacia la casa, apagó el motor y todas las luces, y se dispuso a esperar.

Capítulo VI

Dentro de la casa, Clotildo Lara colgó el teléfono con gesto impaciente, y se volvió hacia sus dos amigos, acomodados en el salón, bebiendo y fumando.

—Sigue sin contestar —masculló.

—Tranquilízate —dijo Faustino Larrauri—. Al fin y al cabo, no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? —Gruñó Lara—. Han reforzado, la vigilancia con un nuevo sistema que desconocemos alrededor de la casa, de modo que será peligrosísimo acercarse. Y además, han matado a Néstor esta mañana… ¡Maldita sea, me gustaría saber dónde demonios se mete ese ruso durante todo el día!

—Faustino tiene razón —dijo Adelardo Pérez—. Lo mejor es que te calmes. A fin de cuentas, Néstor no llevaba nada que pudiese comprometernos, teníamos buen cuidado de eso.

—Pero están movilizando a mucha gente, y acabarán por saber por dónde y cómo llegó al país.

—¿Y qué? Cada uno de nosotros vino por separado, así que en nada nos perjudicará que la CIA sepa todo cuando quiera de Néstor Ruiz. No podrán relacionarlo con nosotros de ninguna mañera.

—Pero podrían ir siguiendo su pista hasta llegar a esta casa.

—No digas tonterías. Esta casa nos la facilitó Fedor Tushenko, y a él se la facilitaron otras personas. ¿Cómo demonios habían de poder seguir la pista a Néstor? Y mucho menos, a nosotros. Vamos, no fastidies más. Siéntate, tómate un *whisky*, y esperemos tranquilamente. Tushenko volverá a su apartamento más pronto o más tarde.

Clotildo Lara vaciló, pero acabó por ceder a las sensatas recomendaciones de sus compañeros. Se sentó junto a Adelardo en el sofá, y se sirvió *whisky*. Delante de él, Faustino Larrauri le observaba con expresión socarrona.

—No entiendo por qué estás tan nervioso —dijo—, todo está saliendo bien, ¿no es así?

—¿Bien? —Lo miró vivamente Clotildo—. Aún no han muerto todos. Y tal como están las cosas, ya me dirás cómo vamos a arreglárnoslas para seguir matándolos.

Larrauri señaló los aparatos que habían encima de una mesita, entre su sillón y el sofá que ocupaban sus amigos. Había una pequeña radio de bolsillo, y un receptor de señales, ambos sin funcionar en aquel momento.

—Lo sabremos en cuanto esa Lili Connors haga comentarios sobre ese nuevo sistema de vigilancia. Hasta ahora, nos ha ido bien así.

—Pero ella no está en la casa. Ha ido a examinar ese nuevo sistema que maldito sea. Y luego, se irá a la central de la CIA. Quizá no vuelva hasta mañana a la quinta… Lo cual quiere decir que hasta mañana no podremos saber nada.

—No tenemos una gran prisa: nuestros grandes hombres han aceptado quedarse más tiempo ahí. No escaparán.

—Si esa mujer ha puesto una vigilancia adecuada y desde luego más nutrida, ya no podremos acercarnos a la casa de ninguna manera.

—¿Te quieres ir al infierno de una maldita vez? —saltó Adelardo, irritado—. ¡Ya encontraremos un medio de atacar cuando sepamos en que consiste esa nueva vigilancia y cómo está montada! ¡Bebe y calla, hombre!

—Yo creo que debemos insistir en ponernos en contacto con Tushenko —Clotildo era terco en verdad—. Él es un auténtico profesional, y podrá seguir aconsejándonos.

Faustino Larrauri y Adelardo Pérez suspiraron, y dejaron a Clotildo Lara por imposible. Durante unos minutos, permanecieron en silencio fumando. Luego, Clotildo volvió al teléfono, y marcó el número del ruso… Estuvo escuchando unos segundos, colgó, y volvió a sentarse, cada vez más inquieto.

Quince minutos más tarde, volvió a llamar… Y estaba a punto de colgar, disgustado, cuando lanzó una exclamación de alegría. Enseguida, dijo:

—Soy Clotildo.

—¿…?

—Le hemos estado llamando todo el día; hay novedades.

—Pues si no es por teléfono, dígame dónde quiere que nos veamos. Tenemos que hablar, es necesario.

—Sí… Sí, sí… No, no sé dónde está, pero lo encontraré. Iré hasta Washington en el coche, y allá tomaré un taxi. Es de suponer que el taxista sí sabrá dónde está ese club.

—De acuerdo. Hasta luego.

Colgó, y se volvió sonriente hacia sus amigos. Faustino Larrauri también sonrió.

—¿Ya estás contento?

—Estoy más tranquilo —puntualizó Clotildo—. Hemos quedado citados en un lugar llamado Bamboo Club, en Washington. Creo que sería mejor que fuese yo sólo, ¿no os parece?

—De acuerdo —asintió Adelardo—. Nosotros iremos poniendo en marcha estos aparatos de cuando en cuando; es conveniente saber en todo momento lo que ocurre en la quinta de la CIA.

Clotildo asintió con la cabeza, caminando hacia la puerta.

—Me llevo el coche.

Salió del salón, y de la casa. El coche estaba en el pequeño garaje anexo al edificio, y se puso al volante. Salió al jardín, se apeó para cerrar la puerta del garaje, y regresó ante el volante. El vehículo rodó hasta la amplia avenida bien iluminada, y Clotildo Lara emprendió el camino hacia Washington. Por instinto, miró hacia atrás por el espejo retrovisor, y vio un coche que iba tras él. Frunció el ceño y apretó los labios, mientras el codo izquierdo presionaba la pistola que llevaba en el sobaco.

Pero enseguida se convenció de que aquel coche no tenía nada que ver con él. Al llegar a un cruce, giró, y Clotildo siguió adelante. Una seca sonrisita apareció en sus labios, mientras pensaba que habría sido gracioso que alguien hubiese tenido la pretensión de seguirlo a él. A él, nada menos; a Clotildo Lara. Era de risa, vamos.

Media hora más tarde, por supuesto sin que ningún coche le hubiese seguido, Clotildo llegaba a Washington. Dejó el coche en una amplia avenida, que maldito si sabía cuál era, ni le importaba lo más mínimo, y poco después llamaba un taxi.

—¿Conoce usted un lugar llamado Bamboo Club? —preguntó en deficiente inglés al conductor.

—Sí, señor, desde luego.

—Pues vamos allá.

Diez o doce minutos más tarde, el taxi se detenía delante del Bamboo Club, y tras pagar la carrera, Clotildo se apeaba. Se quedó mirando con agrado el rótulo luminoso, de color verde, simulando un cañaveral de bambúes. Al lado había, también en tubos luminosos, una copa de color rojo, en la cual se vertía licor dorado y burbujeante…

«Demonios, está muy bien esto», pensó Clotildo.

Entró en el Bamboo, y se fue directo al mostrador, mientras echaba un vistazo alrededor. Enfrente del mostrador y al fondo había mesitas, casi todas ocupadas, con pantallitas de luz verde en el centro. A la derecha de las mesas, un pequeño escenario. Entre las mesas y el mostrador, una pista reluciente de *parquet*. Parecía un lugar agradable y animado.

El camarero se le acercó con gesto interrogante, Clotildo se dio uno de los grandes gustazos de la vida: Champaña —pidió.

El hombre alzó un instante las cejas, pero no hizo el menor comentario. Se alejó en busca de lo pedido; mientras Clotildo se volvía para echar otro vistazo, en busca del ruso Fedor Tushenko… Y en aquel mismo instante, un hombre alto, atlético, de cabellos rojizos, se ponía en pie ante la mesa que estaba ocupando. Su mirada estaba fija en Clotildo, que se volvió hacia el mostrador. Segundos después, el alto y atlético pelirrojo ocupaba un taburete junto a él. Clotildo lo miró, y, como en anteriores ocasiones, sintió una especie de frío en el estómago, al ver los ojos claros con cierta tonalidad verde fijos en él. Y no era sólo frío, sino que, al mismo tiempo, le parecía que algo le estaba estrujando el estómago.

—¿Qué tal, Clotildo? —saludó Tushenko, en perfecto español.

—Bien. ¿Podemos hablar aquí?

—Sí. Es él mejor sitio, cuanta más gente haya, menos se fijarán en nosotros. Antes que nada, quiero decirle una cosa: les dije que sería yo quien les iría llamando, y que ustedes sólo lo hiciesen en caso de emergencia. ¿Debo entender que hay una emergencia?

—Han matado a Néstor.

—¿Eso es todo? —Alzó las cejas Tushenko.

—Parece que no le dé usted importancia…

—No es eso. Lo que ocurre es que ya lo sabía.

—¿Lo sabía? —Respingó Clotildo—. ¿Por qué no nos llamó para

hablar sobre ello? ¿Y cómo ha podido enterarse…?

—No sea estúpido —Tushenko miró la botella de champaña que el camarero colocaba sobre el mostrador, dentro de un cubo con hielo—. ¿Ha pedido champaña?

—Sí, sí.

El ruso movió la cabeza, pero, evidentemente, se resignó, porque indicó por señas al camarero que le pusiera otra copa a él. Bebió un sorbo, y luego miró con ceñuda sonrisa al sudamericano.

—¿Ha ocurrido algo más? —se interesó.

—Han puesto un nuevo sistema de vigilancia alrededor de la quinta, pero aún no sabemos en qué consiste, porque la chica rubia no ha hablado sobre él. Rodean la casa por completo según nos parece. Eso pone las cosas más difíciles, ¿no?

—Todo es difícil cuando se trata con ella.

—¿Con quién?

—Con la chica rubia.

—¿Con Lili Connors? —se sorprendió Clotildo—. ¿Qué quiere decir?

—Dudo mucho que se llame Lili Connors, en realidad. Pero eso no importa demasiado. Lo que importa es que, precisamente debido a la intervención de ella, yo tengo las manos atadas.

—No comprendo —se pasmó Clotildo.

—Si no interviniese ella, yo habría pedido ayuda directa a mis camaradas de Washington, y ahora el asunto estaría probablemente solucionado. Pero, estando ella de por medio, sería como asesinar a mis camaradas si les hiciese intervenir. Por lo tanto, tengo que trabajar solo, sin recurrir a ellos para nada. Sería como delatarlos a gritos en la central de la mismísima CIA. ¿Me, comprende?

—Pues… no —masculló Clotildo.

El ruso rió quedamente.

—En realidad —dijo no poco divertido—, ustedes no saben con quién se están jugando el pellejo, Clotildo. En cuanto a mí, debo estar loco para seguir trabajando en esto, y nada menos que en Estados Unidos. Pero, en fin, ya estoy en el baile, así que seguiré bailando.

—No comprendo nada de lo que usted está diciendo.

Tushenko reflexionó unos segundos, antes de decir:

—Será mejor que no se lo explique. Sólo le diré una cosa: en

cuanto usted y sus amigos tengan la más pequeña sospecha de que esa… chica rubia los ha olido, emprendan el vuelo a toda velocidad. Por cierto, supongo que nadie le ha seguido, o les han visitado con cualquier pretexto más o menos verosímil, o les han llamado por teléfono…

—No, nadie. Estamos allá como si nadie más hubiese en el mundo.

—Pues no sabe la fortuna que está teniendo hasta ahora. Ojalá todo termine así. Y ahora, veamos… Puesto que me ha llamado, es que tienen ustedes algún problema, ¿no es así? Y supongo que ese problema es la nueva vigilancia en torno a la quinta de la CIA. Ustedes esperan que yo les resuelva el problema. ¿Cierto?

—Claro. Tenemos que seguir eliminando a esa gente. Y usted es nuestro asesor para estas cosas…

—Yo era su asesor en Santa Marta, no aquí. Cuando recibí órdenes de venir a esperarlos a Washington, y alojarme en determinado apartamento cuyo número se les había facilitado a ustedes, no me importó. Pero, amigo mío, cuando me enteré de que en el asunto de Oriol Claramunda intervenía una agente de la CIA muy bonita, rubia, que se llamaba Lili Connors, mi serenidad sufrió un rudo golpe. Naturalmente, tengo la obligación de seguir asesorándolos a ustedes aquí, pero… no esperen maravillas. Es más, aún no estando autorizado para ello, me atrevería a darles un consejo.

—¿Qué consejo?

—Salgan del país ahora qué todavía están a tiempo.

—¿Está bromeando? —exclamó Clotildo.

—Ya comprendo que tienen que terminar el asunto y, claro, los rusos tenemos tanto interés como ustedes en ello. Pero sería mucho mejor para todos nosotros que esperásemos mejor ocasión. En definitiva, hacerlo cuando esa mujer no estuviese cerca.

—Por todos los demonios… ¿qué importancia puede tener esa mujer? ¡Tenemos que hacerlo, y lo haremos!

Fedor Tushenko suspiró, desalentado.

—Está bien. Yo tengo órdenes de seguir adelante, y no puedo dar el menor paso en falso. Estoy solo, Clotildo, créame. Quiero decir que de ninguna manera puedo recurrir a mis camaradas de Washington; si me localizasen a mí, todos ellos caerían, y

Washington quedaría sin servicio de espionaje de la noche a la mañana. Pero seguiré adelante. Le diré lo que vamos a hacer: vuelva usted a la villa, y estén a la escucha. Cuando sepan algo concreto sobre esa nueva vigilancia, llámeme por teléfono, me dice en qué consiste y yo idearé algo para penetrar otra vez hasta la quinta. ¿Lo ha entendido?

—Si, claro. Oiga, parece usted muy desanimado, ¿verdad?

—Se lo diré de otro modo: el hecho de que Lili Connors todavía no haya encontrado el rastro me tiene más que sorprendido. Yo diría que me tiene preocupadisimo. No es normal en ella. Sobre todo, teniendo en cuenta que hay elementos suficientes para obtener conclusiones.

Clotildo se quedó mirando hoscamente al ruso.

—¿Todos los espías son tan complicados como usted? —Gruñó.

Tushenko le miró estupefacto. De pronto, se echó a reír.

—Es usted graciosísimo, Clotildo —exclamó—. Vuelva a la villa, y ya sabe lo que tienen que hacer. No se olvide de pagar el champaña; los espías ganamos mucho menos dinero de lo que la gente cree.

El sudamericano estaba no poco mosqueado, pero pagó el champaña, dirigió una nueva mirada de irritación al ruso y saltó del taburete.

Fedor Tushenko se sirvió otra copa de champaña, y se quedó mirando las doradas burbujas, absorto. Sí, señor, habría dado cualquier cosa por encontrarse muy lejos de allí. Pero, en efecto, estaba metido en el baile, así que tendría que seguir bailando. Todo lo que tenía que hacer era moverse con mucha cautela.

Movió la cabeza, alzó la copa de champaña y se la llevó a los labios. En aquel momento notó la presencia junto a él, precisamente en el taburete que había abandonado Clotildo Lara hacía un par de minutos. Sin dejar de beber, volvió un poco la cabeza, para mirar al ocupante del taburete, que tan sigilosamente, tan… fantasmalmente lo había ocupado y…

El delicioso champaña se convirtió de pronto en vinagre para el paladar del agente secreto soviético. Bajó la copa, y se quedó mirando a la bellísima rubia de ojos verdes que le contemplaba con simpática sonrisa cordialísima. Una palidez de muerte había aparecido en las facciones de Fedor Tushenko.

—Hola, colega —saludó ella en ruso—. ¿Me invitas?

La mirada de Tushenko fue rápidamente hacia la puerta. Luego al no ver allí a nadie que le interesase miró rápidamente a su alrededor, por todo el club… Y de nuevo miró a la preciosísima rubia.

—Están afuera —dijo ella—. Vine siguiendo al sudamericano, comprendí que iba a ver a alguien, y pedí ayuda por la radio de bolsillo. Es natural, ¿verdad, colega? ¿O quizá no me entiendes? ¡Santo cielo, quizá me estoy equivocando y no eres ruso, sino sudamericano! —Se puso a hablar en español, con la misma soltura que en ruso—. ¿Eres sudamericano, colega? ¿De Santa Marta, quizá? Aunque la verdad, me sorprendería mucho; huelo a un ruso desde Washington a Moscú. ¿Eres mudo? —sonrió de nuevo la divina rubia.

—No… —musitó Tushenko, en ruso—. No soy mudo.

—Menos mal. ¿Me invitas a champaña?

Tushenko asintió con la cabeza, y le indicó por señas al camarero que sirviese otra copa. Él mismo escanció champaña, y la rubia bebió un sorbito, con expresión expectante. Cuando bajó la copa, su ceño estaba fruncido.

—Ni es lo bastante bueno para mi paladar, ni está lo suficientemente frío para mi gusto. Pero, en fin; no hay que ser exigentes con quien nos invita. ¿Cómo te llamas?

—Fedor Tushenko.

—Yo me llamo Lili Connors…

—Ya lo sé. Y tú sabes que yo lo sé.

—Me encantan los juegos de palabras… —Lili terminó el champaña, y se quedó mirando fijamente al ruso—. Bueno, colega, lo siento por ti, pero has terminado. ¿Nos vamos?

—¿De verdad hay dos de la CIA afuera?

—Sí. Normalmente, arreglo sola estos asuntos, pero tengo que hacer otras cosas, lo cual significa que no puedo perder tiempo contigo. Te llevarán a la central.

—¿Tú no vas a venir, para interrogarme?

—Oh, no… No es necesario; ya lo sé todo. Quiero decir, lo relacionado con este asunto. De las demás cosas que la CIA quiera hablarte, se encargarán otros agentes. Yo estoy ocupada. Simplemente, te quito de la circulación, y seguiré con mi trabajo

actual. Ni siquiera creo que nos volvamos a ver, Fedor.

—¿No hay posibilidad de acuerdo entre nosotros?

—No. Y te diré por qué: has estado dirigiendo asesinatos, y eso no me gusta.

—Me lo temía, —susurró Tushenko—. Adiós, Baby.

—Adiós.

Fedor Tushenko se sirvió el champaña que quedaba, lo bebió de un trago y suspiró. Luego, se dirigió hacia la salida del Bamboo Club, sonriendo al pensar en aquel estúpido de Clotildo Volvió la cabeza y vio a Lili Connors saltando del taburete, sin perderle de vista. Ella se colocó tras él, cerrándole la huida por atrás. Y Tushenko sabía que si movía la mano hacia donde guardaba la pistola, de alguna parte le llegaría una bala. ¿Y que? La perspectiva era pésima para el agente soviético Fedor Tushenko, de todos modos. Si se dejaba atrapar, le obligarían a delatar a todos los agentes de la MVD que él conocía en Washington. Sabía que conseguirían hacerle hablar, fuera como fuese. Y cuando él hablase, caerían unos cuantos agentes rusos… Y esos pocos harían caer a otros, y éstos a otros más. Si, de la noche a la mañana, Washington quedaría sin red de espionaje soviético. En cuanto a él, quizá la CIA se mostrase benévola condenándole a sólo diez o quince años de prisión. También podía ser que lo expulsasen del país, simplemente, después de obligarle a hablar, claro. Pero, tanto en el primer caso como en el segundo, su suerte estaría echada, pues la MVD no habría aceptado con agrado sus delaciones. Quizá no le matasen; esos métodos estaban pasados de moda, en general. Pero ¿qué harían con él? ¿Lo encarcelarían en Moscú, lo enviarían a Siberia o algún sitio peor? Cuando salió a la calle, Fedor Tushenko vio a los dos agentes de la CIA que esperaban delante mismo del Bamboo Club, con la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta. Los identificó enseguida, pues él también tenía buen olfato. Volvió la cabeza y vio a Lili Connors tras él, mirándole fijamente.

A su vez, Lili Connors vio la mirada del espía ruso, y palideció.

—No, Fedor —dio otro paso hacia él—. Siempre hay otras posibilidades para…

Tushenko sonrió, y llevó la mano hacia su pistola. Sin prisas, sin esperanza ninguna.

Y en efecto. Todavía estaba sacando la pistola cuando por detrás

le llegó una bala, que se hundió en su nuca y lo tiró de bruces a los pies de Lili Connors.

El portero del Bamboo Club respingó, palideció intensamente y se lanzó al interior del local, en busca de un teléfono, gritando como un loco.

Lili Connors parecía petrificada muy cerca de Tushenko, mirándole. Los dos agentes de la CIA llegaron corriendo, demudados los rostros…

—¡Iba a disparar contra usted! —gritó uno de ellos.

—Por Dios… —jadeó el otro—. ¡Este tipo estaba loco!

Lili Connors asintió con un gesto, y se despidió con otro. Fue a donde había dejado el coche, y se puso ante el volante. Notaba un nudo en la garganta, y se sentía fría, helada. Ella sabía muy bien lo que había querido Fedor Tushenko; precisamente, lo que había conseguido, es decir, morir. Al parecer, era lo que le había parecido menos malo de todo lo que podía ocurrirle.

Y cuando menos, había demostrado, aparte del miedo a las represalias rusas, un cierto apego a la red rusa en Washington. Un gran sentido profesional. Asombroso y doloroso.

Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, puso el coche en marcha.

Tenía que ver a unas personas que merecían peor suerte que un agente secreto.

Capítulo VII

—Os digo que ese ruso está chiflado —mascullló Clotildo—, no entendí casi nada de lo que dijo.

—¿Te habló en ruso? —sonrió Faustino.

—¡Vete al demonio! Me habló en español, naturalmente, como siempre. Pero decía cosas muy raras. Sobre todo, cuando hablaba de esa Lili Connors, la rubia de la CIA A mí me pareció que estaba muy asustado.

—Esta bien, no fastidies más, Clotildo —dijo Adelardo—. Lo interesante es lo otro. Estaremos a la escucha continuamente, por turnos, y en cuanto esa rubia llegue a la quinta y diga algo que nos haga comprender como esta montada la nueva vigilancia, llamaremos a Tushenko. ¿De acuerdo?

—Yo estoy completamente de acuerdo —bostezó Faustino—. Me voy a dormir. Ya es muy tarde. Creo que te toca a ti el primer turno, Adelardo.

—Yo lo haré, si queréis —dijo Clotildo—. No tengo sueño. Ese ruso me ha puesto nervioso.

—Por mi encantado —aseguró Adelardo—. Me llamarás a las tres, ¿no es así?

—Vale.

—Y procura dominarte —refunfuñó Faustino—. Los cuatro fuimos elegidos para este asunto por nuestros antecedentes, y confían en nosotros. Estuvimos haciéndolo todo muy bien en Santa Marta, pero ya hemos fallado aquí una vez. Y no hay que fallar más.

—Si lo pensamos detenidamente —sonrió Clotildo— la muerte de Néstor nos beneficia seremos menos a repartir el dinero. Y, cuando todo haya terminado, estaremos en disposición de ir pidiendo continuamente cuanto queramos. Eso quiere decir una vida de rey.

—Todavía no hemos terminado el trabajo… —recordó Faustino

—. No vayas a quedarte dormido, ¿eh?

Clotildo le miró hoscamente, se sentó, encendió un cigarrillo y abrió el canal de la pequeña radio, y puso en marcha el receptor-grabador. No se oyó nada. Los otros dos estuvieron mirando los aparatos con expectación. Finalmente, Adelardo dijo:

—Deben haberse acostado. Y yo voy a hacer lo mismo.

Se fue hacia el pasillo que conducía a los dormitorios, seguido por Faustino. Clotildo quedó solo, muy pensativo. Había tenido un pequeño problema para regresar, pues al no haberse fijado dónde había dejada el coche, tuvo que pedir al taxista que le diese unas vueltas por aquella parte de la ciudad, indicándole por dónde había llegado. Por suerte, no tardaron más de quince minutos en localizar el coche. Una pequeña tontería, desde luego, pero que era suficiente para ponerle sobre aviso: tenía que andar con más cuidado cuando estuviese trabajando en sitios que no conocía…

La cinta grabadora terminó su recorrido un rato más tarde. La sacó, y la volvió a colocar, del otro lado. Podían estar utilizando aquella cinta indefinidamente hasta que algo quedase grabado en ella. Entonces, claro, tendrían que cambiarla. Pero, desde luego, los ocupantes de la quinta de la CIA debían ya haberse retirado a descansar… Clotildo se puso en pie, de pronto, al asaltarle una terrible sospecha. ¿Y si Oriol Claramunda y los demás hubiesen sido retirados de la quinta? En ese caso, si los habían llevado muy lejos, la radio no podría captar nada…

Fue a la librería, abrió un cajón y sacó otro aparato, que llevó a la mesa. Tenía dos pequeñas esferas de cristal, y en cada una de ellas una aguja. Clotildo movió el dial, e inmediatamente las dos agujas de las esferas se movieron, marcando una coordenada, y del aparato comenzó a brotar la señal de recepción clarísima: raaaccc… ráaaccc… raaaaccc…

—Siguen ahí, en la quinta —dijo Clotildo.

Cerró el receptor de señales, alzó la cabeza… y se quedó mirando, estupefacto, a la bellísima muchacha rubia que tenía delante, en la salida del pasillo que llevaba a la cocina, situada en la parte de atrás de la casa.

Durante un par de segundos, la estupefacción de Clotildo fue tal que ni siquiera acertó a pensar. Solamente tenía capacidad para asombrarse; miraba boquiabierto a la rubia, que a su vez, pistolita

en mano, le miraba fijamente, fríamente.

Y de pronto, Clotildo reaccionó, llevando la mano hacia su pistola, mientras comenzaba a ponerse en pie, mascullando:

—¡Por todos los dem…!

Plof, chascó la pistolita en la mano de Lili Connors. Clotildo Lara emitió un gemido, y cayó hacia atrás, quedando de nuevo sentado en el sillón, con los ojos muy abiertos, y un pequeño y negruzco agujero en el centro de la frente. Ni siquiera había podido tocar su pistola.

Lili se acercó a la mesa y estuvo contemplando aquellos aparatos, sobre cuyo funcionamiento nadie tenía que enseñarle nada. Por fin, miró hacia la puerta de la casa, fue hacia allí y abrió.

Cuatro agentes de la CIA entraron silenciosamente, y se quedaron mirándola cuando ella, tras cerrar la puerta, se volvió hacia ellos.

—Hay dos más, ya lo saben —dijo—; están durmiendo. Pero no se descuiden.

No hubo más conversación. Los cuatro agentes de la CIA se fueron hacia los dormitorios, pistola en mano.

Lili fue a sentarse en el sofá, sin dirigir una sola mirada a Clotildo, de cuyo sueño nadie podría despertarlo.

Encendió un cigarrillo y cruzó las piernas. Segundos después, aparecían Faustino y Adelardo, que sí habían podido ser despertados… y no muy agradablemente, por cierto. Al menos, Faustino, que tenía una brecha llena de sangre en la frente. Uno de los cuatro espías que controlaba a los dos sudamericanos, comenzó, señalando a Faustino:

—Parece que no le gusta que le despierten.

Faustino y Adelardo estaban mirando, asustados, pálidos, a su amigo Clotildo. Luego, miraron a la hermosa rubia, que les contemplaba a través del humo con una frialdad sobrecogedora.

—¿Ustedes son los ejecutores? —preguntó de pronto, en su impecable español.

—¿De qué habla? —farfulló Adelardo.

Lili Connors alzó las cejas. Desvió la mirada hacia uno de sus Simones, que la interpretó exactamente. Se adelantó, y con la pistola golpeó a Adelardo en los riñones, haciéndole caer de rodillas, lívido, desencajado el rostro, desorbitados los ojos.

Faustino se movió, y otro Simón le golpeó también a él, con más fuerza aún, haciéndole caer de bruces. Los dos golpes habían sido tan fuertes que durante unos segundos ambos hombres permanecieron sin aliento, con la respiración truncada.

La rubia dio una lenta chupada a su cigarrillo.

—Como ven —dijo reposadamente—, no atengo inconveniente en matarlos, o en hacerlos pedazos. Pero les voy a ofrecer otra alternativa: contesten a mis preguntas a las buenas, y podrán regresar a Santa Marta sanos y salvos… para ser juzgados y ejecutados allí. Aunque si tienen suerte, quizá sólo les condenen a cadena perpetua… lo cual, si bien es desagradable, no lo es tanto como morir a golpes. ¿Y bien?

—¿Qué… qué quiere usted saber? —jadeó Faustino.

—Ya lo he preguntado antes: ¿son ustedes los ejecutores de ese plan?

—Sí… Sí.

—Es decir, los que han estado llevando a cabo la parte… directa de los atentados.

—Sí.

—Por tanto, los que han matado a los ministros Lucas Romero, Juan Ceballos, Pedro Echarri y Martín Pardo. Y los que mataron a disparos al chófer José Lomas y al doctor Hipólito Ayala.

—Sí… Sí.

—¿A todos ellos? —Alzó las cejas Lili.

—Sí… Claro.

—No tan claro. Según entiendo, el señor Ceballos no murió asesinado, sino de una hemorragia provocada por su ulcera de estomago. ¿No lo recuerdan? —Lili señalo la radio y el receptor-grabador—. Estoy segura de que ustedes se enteraron de eso por medio de estos aparatos.

—Si Es verdad.

—Entonces, ¿por qué han admitido haberle matado a él también?

—No sé. No nos hemos dado cuenta de que lo mencionaba entre los demás.

—¿Cómo se llama usted?

—Faustino Larrauri.

—¿Y los otros, incluido el muerto junto al río?

—Este se llama Adelardo Pérez. El del sillón se llama Coltildo La…

—Se llamaba —corrigió suavemente Lili.

—Sí. Se llamaba, claro Clotildo Lara… El del árbol… no se llama, se llamaba Néstor Ruiz.

—¿Y son ustedes de Santa Marta, naturalmente?

—Sí.

—Muy bien Ya saben mi nombre, ¿no es cierto? Y ahora, escuche bien, Faustino, al señor Ceballos no le asesinaron, ustedes, pero él murió asesinado, ¿no es cierto?

—Bueno, lo que nosotros oímos…

—Lo que ustedes oyeron fue lo que yo quise que oyeran. Pero sabemos que fue asesinado. ¿Quieren que les diga como?

—¿Cómo? —susurró Faustino.

—Envenenado. Un veneno que por si solo habría bastado para matarle rápidamente, pero que sumado a los destrozos que causó en el acto en su estómago, ya deteriorado, provoco una hemorragia brutal. ¿Les parece esto factible?

—Usted sabrá.

—Lo sé perfectamente, en efecto. Y lo sé porque el cadáver del señor Ceballos fue sometido a autopsia, por orden mía Sólo que yo no he comentado con nadie ese detalle, ni mucho menos he dicho que la autopsia reveló la presencia del veneno en el cuerpo del desdichado señor Ceballos. ¿Y sabe por qué no he dicho nada al respecto?

—¿Por qué? —masculló Faustino.

—Porque no he querido poner sobre aviso al traidor, a fin de evitar que tome medidas de protección: Ese traidor, es uno de los invitados que tiene la CIA en la quinta que ustedes conocen. Cambió una de las pastillas digestivas de Juan Ceballos por otra idéntica de aspecto, pero que contenía un veneno fulminante. ¿Y saben de dónde sacó esa pastilla el traidor?

—No.

—Sí, hombre… —sonrió fríamente Lili—. ¡Claro que lo saben! Se la proporcionó hace tiempo el doctor Hipólito Ayala. El cual, por esto que sabía y por muchas cosas más que también sabía, fue condenado a muerte. ¿Cuál de ustedes disparó contra él?

—Néstor. Él era el encargado de esa parte del trabajo. Era un

tirador excepcional.

—Oh. Eso es muy interesante. ¿Conocen a algún ruso más, aparte de Fedor Tushenko? Sí, sí, no se miren tan sobresaltados; ya tenemos a Fedor Tushenko. Seguí a Clotildo Pérez hasta el Bamboo Club, y allá lo vi conversar con Tushenko… Digamos que está… fuera de juego. ¿No se preguntan cómo pude localizarlos a ustedes, Faustino?

—Ya no importa.

—Oh, sí que importa, sí… A veces me gusta darme importancia. Veamos… Cuando lo del submarino… Por cierto, ¿ustedes lanzaron las cargas, desde el mismo helicóptero con el que recogieron a Néstor Ruiz en el grupo escolar después del último atentado?

—Sí.

—Todo va encajando. Les decía que cuando lo del submarino, me dije que podía ser muy bien debido a que alguien, sin proponérselo, había cometido una indiscreción. Factible. Cuando supe que Juan Ceballos había sido asesinado con veneno, comprendí que había un traidor en la quinta. Y cuando Néstor Ruiz disparó desde la orilla del río, ya no tuve la menor duda. Les diré porqué: era imposible completamente que unos desgraciados como ustedes hubiesen podido seguirnos durante el viaje desde Santa Marta a la quinta. También me consta, porque todos los invitados están vigilados, que ninguno de ellos llamó por teléfono o hizo señal alguna. Y sin embargo, Néstor Ruiz estaba allá, rifle en mano. ¿Cómo era posible eso?, me pregunté. La contestación era muy sencilla: el traidor, el que había asesinado a Juan Ceballos, tema un medio para comunicarse con Néstor Ruiz y con los demás que pudiesen estar acompañando a éste. ¿Cuál era el único sistema posible, dadas las circunstancias? La radio. Pero ninguno tenía radio alguna en su equipaje, cosa de la que también estoy segura, ya que todos los equipajes fueron meticulosamente registrados por los criados de la quinta. Mm bien, no había radio alguna. Sin embargo, habíamos sido localizados. Solución, muy sencilla. Alguien tenía allí un emisor de señales y, probablemente, un pequeño micrófono. Por el micrófono, ustedes recibían información de todo lo que se hablaba en la quinta, o de casi todo. Por el emisor de señales, y utilizando este aparatito —señaló el que tenía dos estelas con agujas —, localizaron ustedes el lugar. Primero, desorientados

completamente, llegaron a Washington. Lo primero que hicieron fue poner en marcha el receptor de señales. Nada. Con lo cual tenemos que es un emisor pequeño, de escasa potencia. Pero ustedes no se desanimaron, sobre todo cuando, por medio de la radio, que es más potente que el receptor, comenzaron a oír conversaciones que se celebraban en la quinta. Entonces, en el coche, comenzaron a dar vueltas, y vueltas, y vueltas, y vueltas, hasta que el receptor captó la señal del pequeño emisor. A partir de ese momento, utilizando las coordenadas que señalan estas agujas, tardaron muy poco en localizar la quinta, de la cual procedían las señales. ¿Correcto?

Faustino y Adelardo, que se habían puesto en pie, cambiaron una mirada.

—Si —musitó Adelardo—. Si, así fue.

—Muy bien. Entonces yo me dije si hay un emisor de señales y un micrófono que están funcionando ¿por qué no sintonizarlos yo también? Así que fui a la central, y pedí media docena de técnicos en estas cuestiones. Repartidos por parejas en tres coches, se dedicaron a dar vueltas alrededor de la quinta, con potentes receptores, buscando la onda por la que se emitían las señales y por la que funcionaba el pequeño micrófono. Fue sencillísimo. Consiguieron captar ambas ondas, y se fueron alejando de la quinta. En determinado momento, dejaron de recibir la señal del emisor. Eso ocurrió muy pronto. Es decir, que las personas que recibían las señales y escuchaban lo que se hablaba en la quinta debían estar muy cerca. El cálculo máximo fue de una milla a la redonda. Eso terminó el trabajo de la primera fase. La segunda fase casi fue más sencilla: más de doscientos agentes de la CIA se dedicaron a investigar el terreno en una milla alrededor de la quinta Por fortuna, ésta es una zona residencial, muy discretamente poblada. Muy pronto comenzaron a ser desechadas cómo sospechosas determinadas personas… ¿Para qué cansarles? En determinado momento, la atención de la CIA recayó sobre esta casa, de cuyos propietarios no se sabía prácticamente nada. Y resultó que en esta casa se habían visto a unos tipos de aspecto muy latino, así que no había que buscar más. ¿Qué les parece?

—A eso le llamo yo usar la cabeza —sonrió un Simón.

—Gracias, cariño —le sonrió Lili—. Pero me parece que a estos caballeros no les ha satisfecho tanto como a usted que yo haya

utilizado la cabeza. ¿Verdad, señor Pérez, señor Larrauri?

—¿Qué, piensan hacer con nosotros? —susurró Faustino.

—Ya se lo ha dicho bien claro, ¿no? —Gruñó uno de los Simones —. Conteste a sus preguntas, y serán enviados sanos y salvos a Santa Marta, para que les corten la cabeza allá.

—¿Quién es el traidor? —preguntó amenazadoramente otro de la CIA.

—No, no, Simón, por favor… —intervino Lili—. No hace falta que nos digan eso.

—¿Cómo que no? —se sorprendió el espía.

—Es que ya lo sé —sonrió Lili.

—¿Ya lo sabe?

—Claro.

Los Simones cambiaron miradas de incredulidad y asombro. Uno de ellos movió la cabeza negativamente.

—Debe estar equivocada, Baby. Ninguno de esos hombres puede ser el traidor; no olvide que todos iban en el submarino cuando les lanzaron las cargas de profundidad. Si los hubiesen alcanzado, él también habría muerto.

—Pero el caso es, Simón, que no pretendían alcanzarnos, de ninguna manera. Es más, las cargas que arrojaban no tenían potencia suficiente para perforar el casco de un submarino. Hacían ¡boooommm!, movían un poco el agua, y eso era todo. En ningún momento el traidor corrió peligro, pero, evidentemente, su coartada no podía ser más perfecta. ¿Cómo sospechar de él? Si había podido morir, como los demás. No se podía sospechar de ninguno de los ocupantes del submarino, ¿comprende?

—Maldita sea la estampa de ése.

—No diga palabrotas, por favor. Bueno Es una lástima que estos caballeros no conozcan a más rusos, pero sabemos ya que son los ejecutores. Vamos a empaquetarlos para enviarlos a Santa Marta. Otra cosa —reflexionó—, aunque no creo que consigamos nada, avisen para que esta villa sea registrada, y sus propietarios localizados No ganaremos nada, me temo, pero nunca se sabe. Y ahora —se puso en pie—, vamos a terminar este asunto.

—¿Regresa usted a la quinta?

—Claro.

—Pero debería asegurarse de que conoce al traidor. Estos sujetos

pueden decírselo, y seria más fácil.

—No, no. De cuando en cuando, me gusta convencerme de que estoy en forma. Precisamente, hace unos días mi jefe de sector me dijo que me convendría asistir a un cursillo, y le dije que no lo necesitaba. Veamos si es cierto.

—¿Podemos ir con usted? Por favor.

—Sin favor, Simón, porque los voy a necesitar.

—¡Estupendo! ¿Qué hacemos con estos pájaros?

—Denles unos buenos golpes para que duerman, luego los meten en un coche y nos los llevamos a la villa, donde quedarán al cuidado de nuestros compañeros de vigilancia allí. Entonces, ya todo en su sitio, haremos el último acto de este drama.

—Demonios… —exclamó otro Simón—. ¡Estoy rabiando por saber quién es ese traidor!

Capítulo VIII

Fernando Guijarro abrió los ojos, parpadeó… Volvió a notar aquella presión en un hombro, y volvió la cabeza. Entonces, vio la sombra junto a él y se sentó en la cama de un salto.

—¿Qué…?

La luz se encendió, y Guijarro, por entre parpadeos, deslumbrado, reconoció en el acto a su visitante.

—¡Señorita Connors! —Respingó—. ¿Qué pasa?

—Lamento haberle despertado, Fernando.

—No importa, no importa —Guijarro estaba asombrado y excitado—. ¿Ocurre algo?

—Verá usted. En cierto modo, no sé si… Bueno, quiero decir que quizá no debería hablar de ello, pero me gusta que las cosas queden siempre muy claras.

—¿A qué se refiere?

—Pues… me dio la impresión de que usted albergaba ciertas esperanzas con respecto a mí, y creo que debo decirle que no será posible nada de eso. Aunque quizá no he interpretado bien su actitud cuando estuvimos a solas en el jardín.

—La interpretó exactamente —musitó Guijarro.

—Pues lo siento, pero no puedo; ni podré acceder a sus deseos, Fernando. Sin embargo, no dudo que deben haber muchas mujeres bonitas e inteligentes en Santa Marta.

—Desde luego. No cómo usted, pero las hay —Guijarro abrió la boca en el colmo del asombro—. ¿Me ha despertado para decirme eso?

—Quería que todo estuviese claro antes de despedirnos…

—Pues está muy claro… —Fernando Guijarro miró el despertador que había en la mesita de noche, y luego a Lili, sentada en la cama junto a él—. Son las dos y media de la madrugada. ¿O no?

Lili dirigió una mirada —a su reloj de pulsera, de platino y brillantes.

—Son las dos y media de la madrugada, en efecto —sonrió—. Una hora estupenda para celebrar una reunión; nos están esperando abajo, en el salón.

El gesto de Guijarro ya no podía ser más pasmado.

—¿Nos están esperando? ¿Quiénes?

—Los demás. Los he reunido a todos abajo. A usted le he venido a despertar personalmente porque quería aclarar ese punto.

—Pero… ¿está hablando en serio? ¿Realmente tenemos una reunión a estas horas?

—Sí.

—Por todos los santos… ¿Qué hago? ¿Me visto o bajo en pijama?

—Es una reunión informal. A su gusto.

—Pues vamos ahora mismo. ¡Estoy impaciente por saber de que se trata!

Saltó de la cama, se puso las zapatillas y miró a Lili, que caminaba ya hacia la puerta del dormitorio. Se fue apresuradamente tras ella, y bajaron al salón. Allí, en efecto, estaban reunidos los demás: Oriol Claramunda, Ricardo Rodríguez, Evelio Morales y Marcelo Ureta. Con ellos, también ambos en ropa de dormir, estaban Bob y Susan, los agentes de la CIA a los que había correspondido el papel de criados, en esta ocasión.

—Quizá deberíamos habernos vestido —dijo Morales.

—¿Para qué, señor Morales? —le sonrió Lili—. Dentro de pocos minutos podrán volver a la cama, si lo desean. Sólo se trata de una breve reunión. Están ustedes bien en pijama… Siéntese, señor Guijarro, como los demás, por favor.

Fernando Guijarro se acomodó en el sofá, junto a Oriol Claramunda. Se miraban unos a otros, desconcertados. Por fin, el presidente tomó la palabra:

—Bien, señorita Connors, la escuchamos. ¿De qué se trata?

Lili se acercó a la biblioteca, estuvo mirando los libros y tomó uno de ellos. Se sentó en un sillón, abrió el libro y comenzó a leer:

—«A medianoche, hacía ya tiempo que todo estaba tranquilo a orillas del lago; se hubieran».

—Señorita Connors —balbuceó Ureta, atónito—. ¿Nos ha

reunido aquí para leernos un libro?

—Es de Stendhal. —Sonrió ella—. ¿No le gusta Stendhal, señor Ureta?

—¿Es una broma? —preguntó el pasmadísimo Guijarro.

—No, no. Por favor, permítanme que siga leyendo, aunque sólo sea un minuto más. Veamos. Sí, aquí está: «lago lago; se hubieran oído las pisadas de un gato. Mina había seguido a Alfredo detrás de uno de esos setos de arbustos que todavía se ven en los jardines de Saboya. De pronto, un hombre saltó de una pared al jardín. Alfredo quiso correr tras él. Mina le sujetó fuertemente. ¿Cómo iba a salir de dudas, si le matara? —le dijo en voz muy baja—. Si no fuera más que un ladrón, o el amante de otra mujer, y no de la suya, ¡qué remordimiento por haberle matado!».

Lili Connors dejó de leer, cerró el libro y fue mirando uno a uno a los estupefactos oyentes. También allí, ahora, el silencio era tal que se habrían podido oír las pisadas de un gato.

—¿Ya ha terminado? —preguntó Guijarro, reaccionando.

—Por el momento, sí. He querido asegurarme bien. Ah, tengo una buena noticia para ustedes: mañana mismo, es decir, hoy, podrán emprender el regreso a Santa Marta. En principio, sus puntos han sido aceptados, y dentro de una semana personal de la Casa Blanca se pondrá diplomáticamente en contacto con ustedes. Espero que los reciban bien y los traten mejor.

—¿Ya podemos marcharnos? —tartamudeó Rodríguez.

—Sí, sí. El asunto está casi terminado. Lo que no sé todavía son los móviles, pero lo demás está resuelto… Ahí vienen mis compañeros.

Dos agentes de la CIA entraron en el salón, llevando un par de aparatos, que depositaron en una mesita, y acercaron ésta a Lili. Detrás, entraron otros dos espías, que se quedaron en la puerta, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Y ahora? —se interesó Claramunda.

—Mis compañeros estaban fuera de la casa con estos aparatos en marcha. En realidad, sólo nos interesa saber que uno de ellos recibe una señal, y el otro cualquier sonido. Escuchen esto.

Hizo una seña, y Simón puso en marcha el receptor-grabador. La voz clara, suave, nítida, de Lili Connors sonó en el salón:

«A medianoche, hacía ya tiempo que todo estaba tranquilo a orillas del lago; se hubieran…

»—Señorita Connors… ¿Nos ha reunido aquí para leernos un libro?

»—Es de Stendhal… ¿No le gusta Stendhal, señor Ureta?

»—¿Es una broma?

»—No, no. Por favor, permítanme» que siga leyendo aunque sólo sea un minuto más. Veamos… Sí, aquí está: "lago… lago; se hubieran oído las pisadas de un gato. Mina había seguido a Alfredo detrás de uno de esos setos de arbustos que todavía se ven en los jardines de Saboya…".

Lili detuvo la marcha del aparato, y miró a los cada vez más y más estupefactos invitados…

—¿Lo comprenden ahora? —preguntó.

—¿Qué es lo que tenemos que comprender? —exclamó Morales.

—Está bien claro —susurró Oriol Claramunda—; esto es una grabación de lo que hace poco se ha hablado en este salón. Lo cual indica que hay micrófonos aquí… ¿No es así, señorita Connors?

—Hay un micrófono, señor Claramunda. Y un emisor de señales. Y ninguno de esos aparatitos ha sido colocado por la CIA, se lo aseguro. Me he vuelto loca buscándolos, desde el mismo momento en que lo supe. Pero acabé por comprender que esos dos aparatitos son móviles, no están fijos en un sitio. Y los he reunido aquí para convencerme de ello. En efecto, tanto el emisor como el micrófono van allá donde vaya uno de ustedes. Es decir, adonde va usted, señor Claramunda.

El presidente de Santa Marta quedó súbitamente lívido.

—¿Yo? —susurró.

—Señor Claramunda, un tirador como Néstor Ruiz no falla un disparo a doscientos metros, ni a ciento cincuenta. En realidad, la vida de usted jamás corrió peligro; quienes tenían que ir muriendo eran sus colaboradores, no usted. Pero, para que nadie sospechase esta jugada, se simulaba que los atentados eran contra usted. Pero hay cosas que no son fáciles de creer, como esos fallos de un tirador como Néstor Ruiz. ¿Conoce a Néstor Ruiz?

—No —musitó Claramunda.

—¡Oh, vamos! ¡Claro que le conoce! Es el hombre que mató a

Lucas Romero de un balazo hace días, cuando la inauguración del grupo escolar en su país. Y el que disparó desde un pino contra nosotros, pero «fallando» el disparo. Una vez más, usted tenía su coartada, ya qué todos, teníamos que creer que disparaban contra usted. Eso, por si llegaba a descubrirse que Juan Ceballos había sido asesinado… Mucho me temo que el pobre señor Ceballos fue asesinado por usted. ¿No es cierto, señor Claramunda?

—Usted está loca —jadeó Claramunda.

—No. Usted se hizo colocar el emisor y el micrófono hace tiempo, para qué no hubiese necesidad de usar teléfono ni ningún otro sistema para dar órdenes. Le bastaba hablar, y sus «empleados» sabían a qué atenerse. Le estoy hablando de Clotildo Lara, Néstor Ruiz, Adelardo Pérez y Faustino Larrauri, los cuales trabajaban bajo la dirección del agente ruso Fedor Tushenko. Pero, señor Claramunda, usted cometió dos fallos. Uno de ellos fue asesinar a Ceballos creyendo que nadie dudaría que había sido una hemorragia… Yo ordené que le hiciesen la autopsia, y se encontró el veneno. Ese veneno que le facilitó a usted su cómplice, el doctor Ayala, al que luego eliminó, no sólo por esto, sino porque sabía otra cosa más.

—¿Qué cosa más? —Alzó la barbilla Claramunda.

Los cuatro agentes de la CIA se acercaron a Claramunda, y tres de ellos le sujetaron fuertemente, mientras el cuarto, con la pistola, rompía la escayola que cubría la muñeca derecha del presidente de Santa Marta.

Nadie parecía capaz de reaccionar… excepto Claramunda, que intentó soltarse, en vano. Cuando la escayola estuvo partida en pedazos, el rostro del sudamericano estaba lívido y sudoroso. Lili Connors se limitó a acercarse y, de entre los restos de la escayola, sacó los dos pequeños aparatos metálicos.

—Se los colocó el doctor Ayala… —susurró—. También le facilitó el veneno, que Claramunda pensaba utilizar contra Ceballos precisamente, pues quería ir eliminándolos a todos ustedes. Sólo lo ha conseguido con la mitad. La otra mitad, espero que sepan arreglárselas para gobernar Santa Marta, adecuadamente. Y como les he dicho, cuenten con la ayuda de Estados Unidos.

—Maldita seas;… —jadeó Claramunda—. ¡Maldita seas mil veces!

Ricardo Rodríguez, Marcelo Ureta, Evelio Morales y Fernando Guijarro contemplaban a Claramunda, demudados, aún más pálidos que él.

—Oriol… —Tembló, la voz de Guijarro—. Oriol, no lo entendemos, no puede ser verdad… ¡Dios mío, no es posible! ¿Querías matarnos a todos, Oriol? ¿Y has sido tú quien ha ordenado que matasen a Lucas, y a Pedro, y a Martín… y has sido tú quien ha asesinado aquí, delante de todos nosotros, a Juan? Oriol, ¿has sido tú?

—¡Sí, he sido yo…! ¡Yo he sido, imbéciles! ¿Por qué tenía que escucharos a vosotros? ¡Sólo estabais preocupados por Santa Marta, no pensabais en otra cosa, siempre Santa Marta…! Pero ¿y nosotros? ¿Y yo? ¿Qué recibía a cambio de todo mi sacrificio?

—Pero, ¿qué esperabas recibir de tu patria? ¿Que querías?

—No tengo por que consagrar mi vida a nada ni a nadie, ni sacrificarla. Cuando me dijisteis que el porvenir de Santa Marta podía depender de Estados Unidos, yo pense «¿Y mi porvenir?». Entonces, me puse en contacto con los rusos. ¿Que me darían si ponía Santa Marta en sus manos? Les dije que os eliminaría a todos vosotros, los favorables a Estados Unidos, y que en vuestro lugar pondría a quienes ellos me indicasen Dijeron que conocían en Santa Marta los hombres adecuados, y que si lo conseguía me darían para mí veinticinco millones de dólares, y me garantizaban la presidencia por tres periodos. ¿Acaso yo no tenía derecho a esperar que Santa Marta hiciese algo por mí? Pero vosotros, malditos estúpidos, patriotas sensibleros, me molestabais, y sabía que nunca podría sobornaros; así que morid ¡Morid, idiotas!, ¡MORID!

—Dios te perdone —gimió Ricardo Rodríguez.

Ureta miraba a Lili, demudado, parecía a punto de desmayarse.

—¿Qué, qué hacemos con él?

—Eso es cosa de ustedes —murmuró Baby.

—Pero no se me ocurre —Ricardo Ureta se volvió hacía Rodríguez—; tú eres el ministro de Justicia. ¿Que podemos hacer?

—No sé —tembló la voz de Ricardo Rodríguez—. No sé. Podemos llevarlo a Santa Marta y juzgarlo, pero sería espantoso todo, Marcelo.

—Quizá yo pueda hacerles una sugerencia —dijo Lili.

—La escucharemos con mucho gusto —saltó Morales—. ¿De que

se trata?

—Mátenlo.

—¿Qué, qué?

—Mátenlo, y digan que finalmente los enemigos políticos de Oriol Claramunda consiguieron su objetivo, pero que el servicio secreto americano terminó con ellos, y que Santa Marta ya no tiene que temer más atentados, que, gracias a las gestiones de todos ustedes, pronto será un buen país, pacífico y próspero. Nombren presidente a Fernando Guijarro y sigan adelante.

—Sí, sí, todo está bien, pero matarlo… No sé… ¿Cómo lo vamos a matar? —La voz de Morales parecía a punto de romperse, como si fuese de cristal.

—De un balazo al corazón —dijo Baby.

—Por Dios, no podemos hacer eso… —gritó Guijarro—. ¡Nosotros no somos asesinos!

Lili Connors sacó su pistolita, y apuntó al pecho de Oriol Claramunda. Allá lo tenía. Aquél era el hombre que le habían dicho que no debía morir. Pero…

Plof.

A las tres menos cinco de la madrugada, la señorita Lili Connors salió de la casa, se metió en su coche y partió. Un minuto más tarde, detuvo el coche. Se quitó la peluca rubia, y las lentillas de contacto de color verde, así como los rellenos en las fosas nasales y en las mejillas. Mientras movía la cabeza para que se soltasen sus largos cabellos negros y ondulados, pensó:

«Yo tampoco soy una asesina. Solamente una ejecutora… Y el que la hace, la paga. Buena suerte, Santa Marta».

Este es el final

—O sea —dijo Frank Minello—, que ese tipo estaba vendiendo su país.

Brigitte Montfort y Charles Alan Pitzer se quedaron mirándole fijamente, como sorprendidos… Luego, la bellísima Brigitte parpadeó.

—¿Sabes, Frankie? En realidad, ésa era la cuestión. Sí, tienes razón; ese sujeto estaba vendiendo su país a los rusos por veinticinco millones de dólares.

—Y lo más gracioso de todo esto —deslizó Pitzer— es que nosotros, los norteamericanos, le habríamos pagado bastante más.

—Hay gente que no sabe hacer negocios… —aseguró Minello—. Yo creo que veinticinco millones de dólares es una miseria, pero, ya ve, viejo buitre, por esa cantidad hay personas que hacen cualquier imbecilidad.

—Y hablando de imbecilidades —sonrió maliciosamente Pitzer—. ¿No se quedó usted hace días corrigiendo unos versos para Brigitte?

—¡Tío Charlie! —Se aterró la divina entre las divinas.

—Oh, bueno… Es que… ¡Caramba, tengo ganas de escuchar algunos versos de Minello, la verdad!

—Estoy segura de que aún no los tiene corregidos —pareció pedir Brigitte al cielo.

—¡Claro que los tengo corregidos! —exclamó Frankie—. Y te los voy a leer con mucho gusto. Vamos a ver, creo que, casualmente los llevo por aquí en algún bolsillo. ¡Ajá, aquí están! —Sacó un montón de páginas, las desplegó y se aclaró la voz, carraspeando—. Bien, esto es… Sí, vamos a ver, vamos a ver… Ejem, ejem, ejem… Allá va:

Paloma de alas de plata,
paloma de alas de oro,
paloma dulce y alegre
¡eres el mayor tesoro!
¡Paloma que en alas del viento
siempre, serás mi tormento!
¡Paloma que en mil momentos,
de amor has llenado mi pecho…!

—Tío Charlie… —gimió Brigitte—. ¿No decía usted que tenía que enviarme a una misión a Hong Kong?

Pitzer se puso en pie, demudado el rostro por el espanto.

—No… —negó—. ¡Lo que dije era que yo me iba a Honk Kong! ¡Hasta la vista!

—¡Traidor! —apostrofó Brigitte—. ¡Vuelva aquí!

—Déjalo marchar… —Guiñó Minello un ojo—. Estos versos son para ti solamente… ¡Paloma que el cielo llenas, con tus bellas alas…!

FIN